A. Fochs Arbós

La alondra y el milano

Melodrama en ocho actos y doce cuadros

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915



LA ALONDRA Y EL MILANO

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

LA ALONDRA Y EL MILANO

MELODRAMA EN 8 ACTOS Y 12 CUADROS, ESCRITO EN PROSA E INSPIRADO EN LA PELÍCULA DE IGUAL TÍTULO PROPIEDAD DE LA CASA «GAUMONT»

POR

AUGUSTO FOCHS ARBÓS



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

TÍTULO DE LOS CUADROS

Acto	1.º—Cuadro		1.º	LA PLEGARIA DE UN ÁNGEL.
»	2.º	»	2.º	¡SOLA EN EL MUNDO!
»	2.º	»	3.º	EL RAPTO.
»	3.º	»	4.º	EN LAS GARRAS DEL BUITRE.
»	4.º	»	5.º	EL REGRESO DEL HÉROE..
»	5.º	»	6.º	EL DÉBIL CONTRA EL FUERTE.
»	6.º	»	7.º	LA GUARIDA DE LOS APACHES.
»	7.º	»	8.º	EL MILANO Y LA ALONDRA.
»	7.º	»	9.º	EL NIÑO DETECTIVE.
»	7.º	»	10.	AL BORDE DEL ABISMO.
»	8.º	»	11.	COGIDO EN LA TRAMPA.
»	8.º	»	12.	EL VALOR DE UNA NIÑA.

Al inteligente empresario y notable actor

don Emilio Guilemany

dedica esta obra, en prueba de afecto y gratitud

EL AUTOR

REPARTO

PERSONAJES	Años	ACTORES — En el teatro Apolo de Barcelona	ACTORES — En el teatro La Princesa de Valencia
Odette	10	Niña Redondo	Niña Estrada.
Luisa d'Avigni	30	Sra. Puchol	Sra. Vega.
Genoveva	50	» Bayona	» Quevedo.
La directora de la Pensión Molière	40	» Gassó	» Roca.
Una señora		» Guitart	» Puig.
La ayudanta	30	» Riera	» Martínez.
Camila	25	» Valero	» Martínez.
El capitán Rodolfo d'Avigni	35	Sr. Rojas	Sr. Parreño.
El Melindres	17	» Delor	» Parreño (H.)
Pablo el Usurero	40	» Perelló	» Olivar.
Crispín	45	» Carnicero	» Martí.
El teniente Santiago d'Avigni	30	» Estrems	» Bozzo.
El ministro de la Guerra	50	» Baduell	» Aragonés.
José (Criado.)	60	» Mer	» Crespi.
El Greñas	35	» Torres	» Aragonés.
El Lagartija		» Sierra	» Belda.
El coronel Andrée Duberg		» Castells	» Santamarta.
El comisario de policía		» Sierra	» Crespi.
Tabernero		» Casanova	» Santamarta.
El Tarugo		» Laporta	» Agustín.
Guarda-paseos		» Crespo	» Crespi.
Guardia 1.º		» Castells	» Enrique.
Cochero		» Crespo	» Santamarta.

Dignatarios, transeuntes, apaches, policías, etc , etc.

La acción, en París. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Cuadro I

La plegaria de un ángel

Sala semi-despacho, amueblada lujosamente. A la derecha, la del actor, una mesa escritorio estilo moderno. A la izquierda, un velador y sillas. Sillones, cortinajes, tapices, rinconeras con arbustos, etc. En el fondo, una ventana baja abierta de par en par, al través de la cual se apercibe el jardín. A la derecha, puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA

LUISA y SANTIAGO.

LUISA — ¿Trae alguna noticia de la guerra, el periódico?

SANTIAGO — Los árabes no dejan de atacar a nuestras tropas. Ultimamente se ha librado un combate muy encarnizado en el zoco de Zeymur, en el que nosotros tuvimos numerosas bajas y el enemigo hizo gran número de prisioneros. (Arrojando el periódico con rabia sobre la mesa.) ¡Maldita harka!... ¡Mientras quede uno de ellos, no cejarán en sus propósitos! La semilla de la insurrección encuentra terreno abonado en el suelo africano..., y mientras no se extirpe de raíz, no dejará de producir venenosos frutos.

LUISA ¡La guerra!... ¡Cuántas zozobras y cuántas lágrimas nos cuesta! ¿Qué fecha trae el telegrama?

SANTIAGO Está fechado esta mañana, pero el combate tuvo lugar ayer, a primeras horas de la tarde.

LUISA ¿Y no habla de si tomó parte en la refriega el batallón de Rodolfo?

SANTIAGO ¡No!... Sólo se limita a reseñar el hecho. (Levantándose.) Esta noche probablemente traerá la lista de los muertos y heridos, y sabremos el nombre de los batallones que han tomado parte.

LUISA Hace ya ocho días que no hemos recibido carta de Rodolfo, y esa tardanza empieza ya a inquietarme.

SANTIAGO Tranquilízate... Rodolfo no es ningún novato, y ha sufrido ya su bautismo de sangre. Después de todo, es su carrera, ¡qué diablo! y si aspira a ascender en ella, es menester que se acostumbre a oir silbar las balas en sus oídos. Si siempre estuviera pegado a tus faldas no pasaría nunca de su grado de capitán.

LUISA ¡Si supieras cuánto odio le tengo a esa carrera! ¡Pensar que para prosperar en ella es preciso afrontar el peligro de continuo, y exponerse a caer muerto o herido!... Sí..., sí... Adivino lo que vas a decirme: «La Patria», «el honor», esas grandes frases que los hombres invocáis en los momentos supremos, para acallar las quejas de nosotras, débiles mujeres... Y cuando una bala se lleva uno de los seres queridos ¡qué remedio nos queda sino someternos y llorar en silencio!

SANTIAGO ¡Pobre Luisa!... Te complaces en agrandar tus temores. Rodolfo nació, como yo, para la carrera de las armas. Nuestro padre, general del ejército, nos inculcó ya desde pequeños esos principios..., y fuímos creciendo, respirando una atmósfera

guerrera... ¿Qué tiene de extraño que una vez en estado de abrazar una carrera eligiéramos la de las armas? El quiso seguir las huellas de nuestro padre, y aspiró a ser general; yo, acaso menos ambicioso, y dando rienda suelta a mis inclinaciones, preferí dedicarme a la marina de guerra, y me considero contento y orgulloso con mi grado de teniente de navío. El mar ha ejercido siempre sobre mí una gran atracción, y ardo en deseos de reingresar de nuevo a bordo. Los dos meses de licencia que paso a vuestro lado van a expirar dentro de ocho días, y no tardaré en poder contemplarle a mi sabor.

LUISA — ¡Sólo me falta que tú nos abandones!... ¿A quién tendré entonces para confiarle mis penas y mis temores? ¿Quién me infundirá valor?

ESCENA II

Dichos, ODETTE y GENOVEVA. Odette entrará, corriendo y saltando, en compañía de su aya Genoveva: ésta se quedará en el dintel de la puerta. Odette correrá a arrojarse en brazos de su madre.

ODETTE — ¡Buenos días, mamá! (Volviéndose hacia Santiago.) ¡Buenos días, tiíto! Si supieras lo que acaba de ocurrir... (Por Genoveva.) ¡Vamos, Genoveva, no estés tan triste, mujer!... (Soltando la carcajada.) ¡Cuidado si se te ha puesto colorada!... (Por la nariz de Genoveva.) ¡Ya verás lo que ha ocurrido! Estábamos jugando en el jardín con Genoveva... ¡Si hubieras visto qué resoplidos daba ésta, cada vez que tenía que agacharse para recoger la pelota!... ¡La pobre derramaba cada gota de sudor que daba lástima..., cuando de pronto, ¡zas! le di con la pelota en mitad de la nariz! ¡Calcula si sería fuerte el golpe, que se

cayó de espaldas al suelo! ¡El trabajo que nos costó luego levantarla!... Tuvo que venir el jardinero, y por poco mide él también el suelo. (Por Genoveva.) Vamos, mujer, no te desesperes. Esto con unos bañitos de árnica se te curará. ¡Ja, ja, ja!

LUISA (Severa.) ¿Cómo es eso, Odette? ¿Acabas de cometer una mala acción y aun te ríes? ¿Qué significa ésto?... ¿Acaso tienes mal corazón?...

ODETTE (Confusa.) ¡Mamá!...

GENOVEVA (Corriendo hacia la niña y cogiendo sus manos entre las suyas. La niña apoyará su cabeza sobre el pecho de Genoveva.) Vamos, señora, no la riña usted; lo ha hecho sin querer, ¿no es verdad, hija mía?

LUISA ¡Pídele perdón a Genoveva!

ODETTE (Con la voz temblorosa y a punto de llorar) ¡Perdón!

LUISA Ahora dame un beso. (La niña se arrojará en los brazos de su madre.) Y usted, Genoveva, vaya a curarse del golpe.

GENOVEVA Si no me duele apenas, señora... Lo que siento es que hayan reñido a la niña por mi culpa... ¡No valía la pena..., no valía la pena! (Vase Genoveva.)

ESCENA III

Dichos menos Genoveva.

LUISA ¡Pobre mujer! Quiere tanto a Odette, que se arrojaría al fuego por salvarla. Difícilmente se hallaría otra tan fiel y que la quisiera tanto.

ODETTE Yo también la quiero..., y no ha sido culpa mía si la pelota le dió de pleno en la nariz. ¡Yo no lo hice expresamente!

SANTIAGO No se hable más del particular; el asunto se halla ya suficientemente debatido. (Abriendo los brazos, en los que se arrojará la niña.)

Vamos a ver, señorita; me parece que ya es hora de que abrace usted a su tío.

ODETTE ¡Con mucho gusto, tiíto!

SANTIAGO ¡Tiíto! ¡Ahora mucho mimo..., pero así que vuelva usted la espalda, ya no vuelve usted a acordarse del santo de mi nombre! ¡Cuidado si es usted olvidadiza!

ODETTE ¡Eso no es verdad..., y por lo que veo, os habéis propuesto todos hacerme pasar un mal rato!... De sobras sabes que yo te quiero!

SANTIAGO ¡Vamos, apriete usted bien fuerte..., así!... ¡Cuidado, chiquilla..., por poco me estrangulas!... ¡Me has deshecho el nudo de la corbata! (Soltando a la niña para arreglarse la corbata. Odette, avanzando hacia Luisa, que permanece triste y cabizbaja.)

ODETTE ¿Por qué estás triste, mamá? ¿Estás todavía enfadada conmigo?

LUISA (Abrazándola.) ¡No, hija mía, no... no es por esto!

ODETTE ¡Ah, ya adivino!... Como que hace tantos días que no recibimos carta de papá, tienes miedo que le haya ocurrido alguna desgracia... ¡Pobre papá!... Si supieras las ganas que tengo de volver a verle... ¡Quiera Dios que dentro de poco vuelva de la guerra victorioso!

SANTIAGO Y con los galones de coronel..., ¿no es verdad, Odette? (Estrechando las manos de la niña con efusión.) Tú también sientes arder en tus venas el amor patrio; lo leo en tus miradas. Si hubieses sido un muchacho, habrías seguido la carrera de tu padre y de tu tío, y con el tiempo te hubieras engalanado con el fajín de general.

LUISA (Abrazando a la niña.) No, no..., basta ya con su padre... Por este lado le doy gracias a Dios por haberme dado una niña. ¡Bastantes tormentos tengo que pasar ahora! Entonces tendría que sufrir por los dos,

y mi corazón no tendría fuerzas para resistirlo.

SANTIAGO Como se conoce que tú no eres de los nuestros. ¡Tú no sientes el santo amor a la patria!

LUISA Pero siento amor a los míos, y sufro ante el temor de perderlos. La patria ama mucho a sus hijos..., pero, a pesar de amarlos tanto, no vacila en sacrificarlos. ¡Dime tú de otra madre que sacrifique a sus hijos!

ODETTE Mama, mamá, tranquilízate..., yo no quiero verte sufrir.

LUISA ¡Pobre hija mía! Tenéis razón; mis temores carecen de fundamento. Tu padre regresará dentro de poco, y ya no volverá a separarse de nosotros. ¿Acaso no somos bastante ricos? ¿Para qué exponer la vida de continuo, cuando se tiene una esposa y una hija que lloran lejos del ausente? ¡No..., yo haré lo posible para que renuncie a su carrera, y no pararé hasta conseguirlo! Aunque tú te opongas... ¡Si es preciso luchar, lucharé con todas mis fuerzas! (Santiago hará un gesto de desagrado. En este momento entrará un criado y entregará una carta a Luisa.)

ESCENA IV

Dichos y JOSÉ (criado).

JOSÉ Acaban de traer esta carta.

LUISA (Se apodera de la carta y lanza un grito de alegría al reconocer la letra del sobre.) ¡Es de Rodolfo, reconozco su letra!... ¡Gracias, Dios mío! (El criado saludará y saldrá.)

ODETTE (Saltando de alegría.) ¡Carta de papá! ¡Carta de papá! ¡Qué contenta estoy!

SANTIAGO (Sin poder dominar su impaciencia.) ¿Qué dice?

LUISA (Después de haber recorrido la carta con la vista.) Escuchad: «Idolatrada esposa: Perdo-

na que no te haya escrito antes, pero de algunos días a esta parte andamos completamente desorientados, sin parar nunca en punto fijo. Los árabes siguen haciendo de las suyas, y no pasa día que no nos tiendan alguna emboscada, de las cuales nos libramos fácilmente. Hasta ahora no hemos tenido ningún combate formal, y nuestra vida transcurre en medio del mayor aburrimiento. Si a lo menos se nos presentara ocasión de sentar las costuras a esos malditos hijos de Mahoma.!... Pero los muy renegados nos andan siempre buscando, y cuando nos tienen delante escurren el bulto como gallinas. Yo creo que eso se va a acabar dentro de poco. Los musulmanes carecen de armas y municiones, y no pueden sostenerse en pie de guerra por mucho tiempo. Si tales presentimientos fuesen ciertos, no sería de extrañar que dentro de un par de meses me embarcara para Francia y volviera a estrecharos contra mi corazón... ¡ Si supieras los deseos que tengo de volver a veros ! Cuando me contestes, háblame de la niña, y cuéntame todo lo que hace... Si ha crecido mucho y si se acuerda de mí. Dile que yo no la olvido ; y antes de entrar en acción, le ruego a la Virgen para que me libre en bien y pueda volver a verla. No soy más extenso porque ha sonado el toque de retreta y ya todo el mundo se ha recogido en el campamento. Saluda a Santiago, y tú ya sabes que no te olvida tu esposo—*Rodolfo.*» (Al acabar de leer la carta se secará algunas lágrimas.)

SANTIAGO ¿Qué es eso?... ¿Lagrimitas otra vez? .

LUISA Ahora son de alegría, Santiago. ¡ Esas lágrimas no amargan, como las otras !

ODETTE ¡ Dice que volverá dentro de dos meses? ¡ Si fuera cierto !... Sí, sí ; el corazón me dice que no tardaremos en verle aparecer

por esta puerta. No llores más, mamá. Ya verás tú cuán pronto transcurrirán estos dos meses... ¡No te darás cuenta, que ya habrán pasado!

LUISA ¡Dos meses! ¡Dos meses aún de eterna angustia, de cruel zozobra!

ODETTE ¡Qué lástima que uno no pueda hacer correr el tiempo a su antojo! ¡Si yo supiera que dándole vueltas a las agujas del reloj había de pasar más pronto!...

LUISA (Sonriendo a pesar suyo.) ¡Pobre hija mía!

SANTIAGO (Que se habrá puesto pensativo.) ¿Qué fecha trae la carta?

LUISA (Leyendo la fecha.) Está fechada el cuatro, en Lomas de Tetuán. ¿Por qué lo preguntas?

SANTIAGO Por simple curiosidad únicamente.

ODETTE Ahora que ya sabes que a papá no le ha ocurrido nada, es menester que te muestres alegre y contenta, o sinó Dios se ofendería de verte llorar, tanto cuando tienes motivo como cuando no... Vamos a ver si a Genoveva se le ha calmado el dolor, y de paso le leeremos la carta de papá. La pobre, estoy segura que se alegrará, porque ella también le quiere mucho. (Acercándose a Santiago y dándole un golpe en la espada.) ¡Adiós, tiíto...; ya ves cómo no me olvido de ti! (Y apoderándose luego de la mano de su madre, desaparecerán las dos por el foro.)

ESCENA V

SANTIAGO; después, JOSÉ. Santiago, al quedar solo, se apoderará del diario, y después de haberlo recorrido con la mirada se quedará de nuevo pensativo.

JOSÉ (Entregando una tarjeta a Santiago.) Este caballero pide permiso para saludar al señor.

SANTIAGO (Después de haber leído la tarjeta; muy sorprendido.) ¿Qué significa? ¡El coronel Andrée Du-

berge !... Que pase, que pase inmediatamente. (El criado saldrá, volviendo a entrar al poco rato, acompañado de Andrée Duberge, ayudante del ministro de la Guerra. El criado saludará y saldrá.)

ESCENA VI

SANTIAGO y ANDRÉE DUBERGE.

SANTIAGO (Saliendo al encuentro del coronel y saludándole militarmente.) ¡ Mi coronel !

ANDRÉE (Con voz ligeramente emocionada.) Caballero, no debe usted agradecerme mi visita. ¡ Soy portador de una triste nueva !

SANTIAGO ¡ No comprendo !

ANDRÉE La vida nos reserva algunas veces crueles decepciones, y descarga sobre nosotros golpes mortales... ¡ pero los hombres que, como usted, tienen la suerte de poder ostentar con orgullo un nombre glorioso, deben revestir su corazón del valor necesario para soportar unas y otros ! Es menester, señor teniente d'Avigni, que apele usted a todo su valor, porque una gran desgracia acaba de herir a su familia.

SANTIAGO ¡ Cómo ! ¿Acaso mi hermano?...

ANDRÉE El capitán Rodolfo d'Avigni acaba de batirse valerosamente en el zoco de Zeymur, cubriendo de gloria a las armas francesas... ¡ El valor desplegado por él en aquella acción ha rayado en heroicidad, y su nombre, de hoy en adelante será citado como el de un héroe !... Pero no siempre acompaña al valor la fortuna... (Sacándose de la cartera un telegrama y entregándoselo a Santiago, que se apoderará de él con mano temblorosa.) He ahí, señor oficial, el telegrama que se acaba de recibir del general en jefe de nuestro ejército de operaciones en Africa... (Santiago, vencido por el dolor y la emoción, tendrá que apoyarse en una silla. Devolviendo el telegrama.)

SANTIAGO ¡No puedo..., no puedo!

ANDRÉE (Corriendo a sostenerle.) ¡Valor, señor d'Avigni! Oiga usted el telegrama que el general en jefe dirige al señor ministro. En medio de la terrible desgracia que le hiere, el comportamiento observado por su hermano debe servirle de lenitivo a su dolor. (Leyendo.) «Señor ministro de la Guerra.—En el combate de que di cuenta a V. E. en el zoco de Zeymur, tuvimos que deplorar, además de las bajas ya relatadas, la del bizarro oficial capitán Rodolfo d'Avigni, que dando muestras de un valor a toda prueba, se batió denodadamente contra el enemigo. En esta refriega, de extrema violencia, hubo de deplorarse la pérdida del bizarro oficial, cuyo cuerpo no pudo ser hallado entre las bajas, suponiendo que los árabes debieron de llevársele mal herido para rematarlo, según en ellos es costumbre. Con la desaparición del capitán d'Avigni la patria ha perdido uno de sus hijos más preclaros, y su muerte llenará de luto a la Francia.»

SANTIAGO ¡Mi pobre hermano! ¡Mi pobre hermano!

ANDRÉE (Estrechando la mano a Santiago.) ¡Resignación, señor oficial! Es menester que usted, dando pruebas de valor y de entereza de ánimo, prepare poco a poco a la infortunada mujer que hasta ahora se ha titulado esposa del capitán d'Avigni. Piense que de hoy en adelante debe ser usted firme sostén, no solamente de ella, sinó también de su hija. ¡Usted es quien debe infundirle resignación en su dolor!

SANTIAGO El dolor que experimente será tanto mayor cuando aun no hará un cuarto de hora que ha recibido una carta de su esposo, participándole que se hallaba en perfecta salud y con deseos de abrazarlas

pronto. ¡La pobre mujer, estoy seguro que no resistirá este golpe!

ANDRÉE — Dios da fuerzas en la desgracia... (Disponiéndose a marchar.) Señor d'Avigni, he cumplido con mi dolorosa misión, y ruego a usted que me perdone ser el portador de tan triste noticia. Nada me resta ya que decirle, señor d'Avigni, sino testimoniarle el dolor que tanto al señor ministro como a mí nos embarga por la desgracia acaecida.

SANTIAGO — (Con la voz embargada por la emoción.) ¡Gracias! ¡Gracias!

ANDRÉE — (Desde la puerta, estrechando afectuosamente la mano del oficial.) ¡Valor, amigo mío, valor! (Vase el coronel lateral derecha. Santiago permanecerá de pie, inmóvil, ante el dintel de la puerta por donde ha desaparecido el coronel. En este momento entrará Luisa, alegre y satisfecha, agitando en el aire la carta de su esposo. Sin fijarse en la actitud de Santiago, abriendo un cajón de la mesa y depositando en él la carta.)

ESCENA VII.

SANTIAGO y LUISA.

LUISA — ¡Anda a reunirte con las otras, carta querida! ¡Quiera Dios que pronto llegue un día en que al fijar en vosotras la vista no sea con el corazón oprimido como lo hago ahora, y teniendo a mi lado a aquél a quien amo tanto! ¿Por qué estás tan triste y pensativo? (Santiago hará un signo negativo.) ¿No te alegra a ti también la carta de Rodolfo? ¡Ya has oído lo que dice! Probablemente dentro de dos meses volveremos a estrecharlo en nuestros brazos. ¡Lástima que tú, entonces, ya no estarás a nuestro lado!... Probablemente te hallarás navegando. (Levantándose y dirigiéndose a él.) ¿Cómo no te cansa esa vida,

Santiago? Siempre separado de los tuyos, surcando los mares, y expuesto a hallar una tumba en el Océano. (Fijándose de pronto en la actitud dolorosa de Santiago.) Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué no me contestas?

SANTIAGO (Haciendo inauditos esfuerzos para dominar su emoción.) ¡No puedo, no puedo!...

LUISA Tus ojos se hallan empañados de lágrimas. Santiago... ¿qué ha sucedido? Responde... (Santiago, vencido por la emoción, se dejará caer sobre una silla, sollozando.) ¡Lloras!... ¿Acaso Rodolfo?... ¡Habla, habla, por piedad!

SANTIAGO (Apoderándose de las manos de Luisa y apretándolas entre las suyas.) ¡Perdóname, Luisa, perdóname! ¡Soy un cobarde! ¡El dolor me ha vencido! Yo, que debo infundirte valor y darte fuerzas para sobrellevar tu desgracia, me he dejado abatir como un niño... (Secándose los ojos y aparentando firmeza.) Pero eso ya pasó, ¿oyes, Luisa? ¡Ya vuelvo a recobrar todo mi valor; ya vuelvo a ser fuerte! (Apoderándose de las manos de Luisa y atrayéndola hacia sí.) Y tú también, ¿lo oyes? ¡Tú también debes tener valor y mostrar firmeza! ¡Dios acaba de descargar sobre nosotros un golpe cruel!

LUISA ¿Ha muerto Rodolfo? (Santiago baja la cabeza sin contestar.) ¿No contestas?... ¿Luego es verdad?... ¡Oh, habla, habla!... ¡La angustia me devora! ¿Ha muerto mi esposo?

SANTIAGO Sí.

LUISA (Cayendo sin fuerzas y presa de la mayor desesperación sobre una silla.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

SANTIAGO (Acercándose a ella y apoderándose de una de sus manos.) ¡Valor, hermana mía! ¡Dios lo ha querido! Hace un momento que acabo de recibir la infausta nueva... El propio delegado del ministro ha venido a notificármela. Rodolfo d'Avigni ha muerto en el campo de batalla, luchando como un va-

liente. La fortuna, que le había sonreído otras veces, le ha abandonado esta vez. ¡Esta es la suerte del soldado!... ¡Dichosos los que, como él, han sabido rodear su nombre de una aureola de gloria!

LUISA ¡Mi pobre esposo!... ¡Mi pobre esposo! ¡Ya nada me resta sino morir!

SANTIAGO ¡No!... ¡Hay que sobreponerse a la desgracia apelando a todo nuestro valor! Hay algo en el mundo que reclama de ti, que te obliga a la vida. Piensa en tu hija..., en este ángel de candor que bate las alas en torno tuyo en demanda de protección. Tú no puedes disponer de tu vida, porque tu vida es suya. Por ella es por quien debes poner una mordaza a tu dolor y seguir ocupando tu puesto al lado de la pobre huérfana. ¡Piensa lo que sería de ella si tú murieses! ¡No, hermana mía! El dolor no debe hacerte olvidar del deber, y éste te manda que vivas.

LUISA (Con la voz embargada por los sollozos.) Mi vida era él, y ya no existe... ¿Cómo quieres que viva si él se ha llevado mi vida? (En este momento aparece Odette por la puerta del foro, alegre y vivaracha, llevando en brazos una muñeca de gran tamaño.)

ESCENA VIII

Dichos y ODETTE.

ODETTE (Corriendo hacia su madre.) ¡Si supieras, mamá, lo contenta que estoy! ¡Como si fuera poco la carta de papá, acabo de recibir otra alegría. Lulú, la muñeca que creía perdida, ha aparecido debajo del sofá de la sala. ¡La pobrecita habrá pasado un miedo esta noche!... Pero, ¿qué es eso, mamá?... ¿Por qué lloras? ¿Acaso no nos ha escrito papá diciéndonos que estaba

bueno y que volvería dentro de poco? ¿No te alegra a ti el regreso de papá? Yo, nada más que de pensar que volveré a verle, me siento tan alegre..., tan alegre..., que no haría más que correr y saltar todo el día! ¡Vamos..., enjuga esas lágrimas y alégrate como yo!... ¡Yo no quiero que estés triste!

LUISA ¡Pobrecita mía, pobrecita! (Estrechando a la niña entre sus brazos y redoblando sus sollozos.)

ODETTE (Extrañada, desprendiéndose de los brazos de su madre.) ¿Lloras aún? ¿Pero... por qué? Mamá, mamá, ¿qué tienes?

SANTIAGO (¡Luisa, por piedad..., hazlo por ella..., no te abandones a tu dolor!)

ODETTE (Recelosa y pensativa, abandonando la muñeca sobre una silla.) ¿Qué significa? (Fijándose en el telegrama, que permanecerá sobre la mesa. Observando antes si la vigilan, y apoderándose del telegrama. Después de haberlo leído prorrumpirá en un grito.) ¡Papá ha muerto! ¡Papá ha muerto!

LUISA (Corriendo hacia la niña y estrechándola entre sus brazos.) ¡Hija mía! ¡Hija mía! (Pausa. La niña llorará amargamente. Santiago, apoderándose de las manos de la niña y estrechándolas entre las suyas; arrodillándose a los pies de Luisa, que sostendrá a la niña en su regazo.)

SANTIAGO Valor, hija mía, valor. ¡Piensa que si él ha muerto te queda tu madre y te quedo yo, que nos esforzaremos en hacerte dichosa!

ODETTE (Con voz entrecortada.) ¡Pobre papá! ¡ya no volveré a verle más!

SANTIAGO Tu papá ha muerto en el cumplimiento de su deber, tú ya empiezas a ser mayorcita y puedes comprenderme. ¡En la guerra, hija mía, es preciso morir antes que rendirse! Si en vez de haber arrostrado la muerte hubiese desertado de su puesto, se hubiera portado como un cobarde, Mientras que ahora todo el mundo alaba su memoria, y tú debes considerarte or-

gullosa de ser su hija. (Odette, como si esas palabras le hubieran infundido valor, cesará de llorar, y procurando contener sus sollozos, exclamará:)

ODETTE ¡ No llores, mamá, no llores ! Papá está en el cielo y no debemos llorar por él.

LUISA (Esforzándose en dominar su dolor.) ¡ Oh, sí, tienes razón ! ¡ No son lágrimas las que le hacen falta !... ¡ Reza, hija mía, reza por él ! ¡ Las oraciones de los ángeles llegan más pronto a Dios ! (Odette, al oir estas palabras, caerá de rodillas, y, juntando las manos y con gran fervor, balbuceará :)

ODETTE Padre nuestro, que estás en los cielos... (Interrumpiéndose de pronto, como vencida por la emoción, prorrumpirá en sollozos, exclamando, mientras que Santiago y Luisa continúan de pie ante la niña en actitud dolorosa.) ¡ Pobre papá ! ¡ Pobre papá !

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Cuadro II

¡Sola en el mundo!

Telón corto, representando una antesala de la pensión Molière. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO y AYUDANTA.

AYUDANTA ¿A quién debo anunciar?

SANTIAGO Al teniente Santiago d'Avigni. (La ayudanta saluda y sale, apareciendo al poco rato la directora de la Pensión Molière.)

ESCENA II

SANTIAGO y DIRECTORA.

SANTIAGO (Devolviendo el saludo que le hará la directora.) ¿Tengo el honor de hablar con la directora de la Pensión Molière?

DIRECTO. Servidora.

SANTIAGO El asunto que me obliga a molestarla, señora, es altamente triste y doloroso. Soy el teniente de navío Santiago d'Avigni, hermano del infortunado capitán d'Avi-

gni, muerto hace dos meses en el campo de batalla.

DIRECTO. Conozco esta triste historia, caballero. La noticia de la muerte del capitán d'Avigni produjo en Francia consternación general, y yo fuí la primera en lamentarla.

SANTIAGO ¡Gracias, señora! El capitán d'Avigni dejó, al morir, a su esposa y a su hija; ¡y he aquí lo más terrible! Aquélla, que adoraba en su marido, y había concentrado en él toda su vida... (Deteniéndose de pronto, como dominado por la emoción.) Perdón, señora..., pero el recuerdo es tan doloroso. que no soy dueño algunas veces de dominar mi emoción.

DIRECTO. Tranquilícese usted, caballero... Comprendo su profundo pesar.

SANTIAGO María Luisa, la esposa de mi hermano, recibió, con la muerte de éste, golpe tan rudo, que a pesar de llamar en su auxilio a todas sus fuerzas no logró resistirlo. Su naturaleza delicada cedió ante la fuerza de su desgracia, y hace ocho días...

DIRECTO. ¡Valor, caballero!

SANTIAGO Mi pobre hermana bajó al sepulcro a reunirse con su esposo.

DIRECTO. (Después de una pausa.) ¡Caballero..., no debe usted dejarse abatir por el dolor!

SANTIAGO Yo, que jamás he temblado ante las balas, que me he jugado la vida tantas veces, ahora me siento cobarde; y mis ojos, que jamás habían derramado una lágrima, se nublan de continuo por el llanto.

DIRECTO. ¡Hay que ser fuerte, y apelar a nuestra fuerza de voluntad!... ¿Y esa niña?

SANTIAGO Por ella he venido precisamente, señora. Como si las desgracias que pesan sobre mí no fueran bastantes, esta mañana he recibido una orden del ministro de Marina en la que me manda reingresar en mi puesto a bordo dentro de las veinticua-

tro horas, con rumbo hacia el Extremo Oriente. ¡ Y ahí tiene usted, señora..., que la pequeña Odette, que hace dos meses contaba con el apoyo y protección de sus padres y la mía, ahora va a quedar completamente sola y abandonada ! ¡ La pobrecita apenas cuenta 10 años, y se halla necesitada de cariño ! La doble pérdida que acaba de sufrir exige que se la trate con la mayor dulzura, a fin de derramar algún consuelo en su corazón lacerado ; y como no me es posible abandonarla al cuidado de gente extraña y mercenaria, pues la única a quien podría confiarla es a su vieja aya Genoveva, y ésta es de edad muy avanzada para prodigarle los cuidados y darle la educación que se requiere. he pensado, señora, acudir a usted para que se sirva admitirla en su pensión..., en espera de que se mostrará usted para con ella todo lo benévola y cariñosa de que es susceptible su bondadoso corazón.

DIRECTO. Desde luego, caballero. La desgracia de esta pobrecita huérfana me ha conmovido profundamente. ¡ Márchese usted tranquilo ! Su sobrina será atendida y educada conforme requiere su estado y condición..., y tanto yo como las demás profesoras nos esforzaremos, con nuestros cuidados y consuelos, en hacerle menos dolorosa la terrible pérdida que ha sufrido.

SANTIAGO (Estrechándole la mano.) ¡ Gracias, señora ; no esperaba menos de su bondad ! En cuanto a las condiciones...

DIRECTO. Sírvase usted acompañarme a mi despacho, y...

SANTIAGO ¿ Podrá ingresar la niña ya desde luego en la pensión ?

DIRECTO. Inmediatamente.

SANTIAGO Entonces, permítame usted que vaya a buscarla.

DIRECTO. ¿Ha venido, acaso, con usted?

SANTIAGO La he dejado en compañía de su aya en el automóvil.

DIRECTO. En este caso, no es menester que usted se moleste. (Haciendo sonar un timbre.) Mandaremos a buscarlas. (A la ayudanta, que entrará en aquel momento.) Diga usted a la señora que ha quedado, junto con una niña, en el automóvil de este caballero, que haga el favor de acompañarla..., que las estamos esperando. (La ayudanta saludará y saldrá.) ¿Permanecerá usted mucho tiempo ausente, caballero?

SANTIAGO ¡Quién sabe! Yo nunca puedo decir, al embarcarme, cuándo volveré. En nuestra carrera no hay fechas.

DIRECTO. Ya procuraremos que su sobrina no le eche de menos. (Indicándole el camino.) Por aquí, caballero..., ¡será cuestión de unos minutos! (Vanse lateral izquierda.)

ESCENA III

AYUDANTA, ODETTE y GENOVEVA. Tanto Odette como Genoveva vestirán de riguroso luto; la niña llevará la muñeca, también de luto, en brazos.

AYUDANTA ¡Pasen ustedes! La señora directora vendrá en seguida. Acaba de salir en este instante con el papá de esta señorita.

ODETTE (Con tristeza.) ¡No es mi papá! ¡Mi papá ha muerto!

AYUDANTA ¡Perdón!... Yo ignoraba...

GENOVEVA De nada, señorita.

AYUDANTA Con su permiso. No tendrán ustedes que aguardar mucho. (Vase.)

ESCENA IV

ODETTE y GENOVEVA.

GENOVEVA (Visiblemente conmovida, contemplando a la niña en profunda tristeza.) ¿Te encuentras mal, hija mía?

ODETTE No. (Dando muestras de gran firmeza.)

GENOVEVA ¿Te gustará quedarte en esta casa?

ODETTE Tío Santiago lo quiere...

GENOVEVA Yo vendré a verte con frecuencia, ¿lo oyes?... y me lo explicarás todo.

ODETTE Sí.

GENOVEVA Aquí hay muchas niñas y jugarás con ellas.

ODETTE No..., ya tengo a mi muñeca para jugar.

GENOVEVA (Abrazándola.) Si te hacen estudiar demasiado, me lo dirás cuando venga a verte, y yo hablaré con la directora. Aquí todas las niñas están muy alegres, y durante el recreo se entregan a toda clase de juegos. Estoy segura de que cuando hayan pasado algunos días, y cuentes con algunas amigas, te divertirás tú también y te reirás como ellas.

ODETTE (Con los ojos bajos.) No..., ellas se ríen porque tienen a sus papás; yo no los tengo y no puedo reírme.

GENOVEVA (Abrazándola.) Vamos, es menester que no estés triste... Las otras niñas se burlarán de ti.

ODETTE ¡Cómo quieres que no lo esté!... Hasta ahora te he tenido a ti y al tío Santiago y con vosotros podía hablar de papá y mamá: ahora, que voy a quedarme sola ¿con quién hablaré de ellos? Tendré que contárselo todo a la muñeca. ¿No es verdad, Lulú, que hablaremos las dos? Tú eres una niña muy buena, y te hallas

siempre dispuesta a escucharme. ¡ Lástima que no sepas hablar ! Cuántas cosas me dirías entonces, ¿no es verdad?... Tú sí que no te burlarías de mi tristeza, como las demás niñas.

GENOVEVA (Sin poder contener las lágrimas.) ¡ Pobrecita ! ¡ Pobrecita !

ESCENA V

Dichas. SANTIAGO y DIRECTORA.

SANTIAGO (Cogiendo a la niña de la mano.) Ahí tiene usted, señora, a su nueva alumna. Odette..., abraza a esta señora. Ella también te querrá mucho y cuidará de que seas feliz.

DIRECTO. (Abrazando a la niña.) ¡ Qué hermosa es ! ¿No es verdad, pequeña, que seremos buenas amigas? A mí me gustan mucho las niñas formales y seriecitas como tú. Estoy segura que serás muy estudiosa, ¿no es verdad? (La niña hará una señal afirmativa.)

SANTIAGO No la esfuerce usted mucho en el estudio, señora... Se halla tan reciente todavía...

DIRECTO. Sí, sí, comprendo. ¡ Haremos que se distraiga ! ¡ Aquí no se aburrirá ! ¡ Tenemos toda clase de juegos ! ¡ Ya verás cuán alegre y divertido pasas el tiempo !

SANTIAGO Odette, hija mía. Ha llegado el momento de separarnos. Acuérdate que me has prometido tener valor. ¡ Abrázame, hija mía ! (Entregándole una cadena de oro de la que penderá un medallón, y colgándosela del cuello.) En este medallón se encierran los retratos de tus padres. Consérvalo siempre en tu poder, y piensa que ellos desde el cielo se hallan velando por ti.

ODETTE (Prorrumpiendo en sollozos.) ¡ Tiíto ! ¡ tiíto !...

SANTIAGO (Con la voz entrecortada por la emoción, esforzándos en conservar su serenidad.) ¡ No llores ! ¡ Est separación no ha de ser eterna ! No te mas..., yo te escribiré con frecuencia.. y espero que tú, que ya sabes escribir, n dejarás de contestarme. Mi viaje proba blemente no será largo..., y cuando vuel va, yo te prometo que no volveré a sepa rarme de ti. Vamos, hay que tener va lor... (Desprendiéndose de los brazos de la niña secándose las lágrimas.) ¡ Señora, cuide us ted bien de ella ! Es mi único afecto e el mundo. (A Genoveva, que durante esta escena ll rará amargamente.) ¡ Vamos, Genoveva, des pídete de ella !... ¡ Tú, a lo menos, podrá verla de vez en cuando, y no debes des consolarte !...

GENOVEVA (Abrazando a la niña.) ¡ Hija mía ! ¡ Hija mía

SANTIAGO (Tratando de separar a Genoveva de la niña.) Bas ta, basta... ¡ hay que terminar esta es cena !

ODETTE (Sollozando.) Vendrás a verme, ¿ no es ver dad ?

GENOVEVA Sí, sí.

SANTIAGO (Arrastrando a Genoveva por el brazo.) ¡ Adiós Odette, adiós ! (Vanse directora, Genoveva y Sa tiago. Odette, extendiendo los brazos hasta la puer por donde han desaparecido Santiago y Genoveva, c la voz embargada por los sollozos.)

ODETTE ¡ Tiíto ! ¡ Tiíto ! ¡ Genoveva ! (Apoderándos de pronto, de la muñeca que habrá dejado sobre u silla y abrazándola estrechamente.) ¡ Ya estamo solas, Lulú ! ¡ Ya no me queda más qu a ti en el mundo ! (Al acabar de pronunciar est palabras prorrumpirá en sollozos.)

MUTACIÓN

Cuadro III

El rapto

Una de las avenidas del parque Monceau. A derecha e izquierda, grandes hileras de árboles y macizos de flores. A ambos lados de la gran avenida, cuya prolongación se extiende por el foro, sendas matas de arbustos. En primer término, un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA

AYUDANTA ¿No quieres dar un paseo por el parque?

ODETTE (Sentándose con la muñeca en brazos.) No; me encuentro algo fatigada y prefiero descansar.

AYUDANTA Ya sabes que el doctor te ha recomendado hacer mucho ejercicio, y es menester cumplir sus prescripciones.

ODETTE ¡Ya las cumplo! ¿Acaso no salimos todas las tardes?

AYUDANTA La señora directora pone mucho empeño en atender a tu salud. Ésta hace algún tiempo que se halla algo quebrantada, y es menester que hagas los posibles para reponerla. El paseo que damos todas las tardes por orden del médico es uno de los primeros cuidados que debes observar, y si en vez de pasear nos sentamos..., no vale la pena de salir del colegio. (Cogiéndola suavemente del brazo.) Vamos; la tarde está ya al caer y no debemos entretenernos.

ODETTE ¡No..., no...: hoy no tengo ganas de paseo!

AYUDANTA ¿Y si te pones peor?

ODETTE ¡No importa!

AYUDANTA ¡Ah!... ¿De manera que no te importa caer enferma? ¿Y si te mueres?

ODETTE ¡Mejor!... ¡Así iré a reunirme con papá y mamá!

AYUDANTA ¿Por qué dices eso, Odette? ¡Dios puede castigarte! ¡Cuando se ha llevado a tus papás Él sabrá por qué lo ha hecho! ¡Hay que tener resignación! (Abrazando a la niña.) Vamos..., sécate las lágrimas y coge la muñeca.

ODETTE (Apoderándose de la muñeca, que habrá dejado sobre el banco.) ¡Pobre Lulú!... El otro día se la dejé a Gabriela, y por poco la rompe; se le cayó al suelo, y fué un milagro que no le partiera la cabeza. (Abrazando a la muñeca.) ¡Qué sería de mí si ella me abandonara!

AYUDANTA (Cogiendo a la niña de la mano.) Vamos, vamos..., no perdamos el tiempo.

ODETTE (Deteniéndose de repente y poniéndose a escuchar.) ¿Ha oído usted?

AYUDANTA ¿Qué?

ODETTE Ruido de pasos sobre las hojas secas...

AYUDANTA ¿Y qué tiene eso de extraño?... Será alguien que viene a pasear como nosotras. El parque Monceau no es ningún desierto.

ODETTE Lo raro es que por más que miro no se distingue a nadie.

AYUDANTA (Tirándole de la mano.) ¿Vas a tener miedo, ahora? Si seguimos entreteniéndonos así nos vamos a quedar hoy sin paseo. Ya sabes que la directora quiere que estemos de regreso antes de cerrar la puerta. (Vanse las dos lateral derecha.)

ESCENA II

PABLO EL USURERO y EL LAGARTIJA.

PABLO ¿Las has visto?

LAGARTIJA Sí... ¿Y crees tú que volverán?

PABLO ¡Claro que sí! ¡Todas las tardes hacen lo mismo! Se dirigen por la avenida de los Tilos hasta dar la vuelta a la glorieta,

y luego deshacen el camino, saliendo del parque por la puerta central. Dentro de poco se hallarán de vuelta.

LAGARTIJA ¿Y estás seguro de no dar el golpe en falso?

PABLO ¡Eso ni se pregunta! Ya sabes que yo soy zorro viejo y poseo el don de los negocios. Los informes que he podido procurarme no pueden ser mejores.

LAGARTIJA Pues manos a la obra, que yo ardo ya en deseos de emprender algún negocio que valga la pena. ¡De algún tiempo a esta parte apenas si se trabaja! Antes aun se operaba algo, pero lo que es ahora, anda todo de patas arriba; y si esto continúa no nos quedará otro remedio que meternos a hombres honraos.

PABLO ¡Bah!... Aquí lo que hace falta es saber aprovechar la ocasión cuando se presenta, y para esto precisa tener olfato y pupila. Tú has vivido hasta ahora en una esfera muy reducida, y te conviene sacudir las alas para volar con libertad. Desengáñate: los monederos y los relojes ya no dan ni para un cuartillo de aguardiente..., y hay que recurrir a otros medios. (Sacándose un puñal del cinto, acariciándolo.) He ahí el más seguro. Sabiéndolo manejar con suavidad y ligereza, tienes adelantada la mitad del camino para llegar a la cumbre de la fortuna. Lo que ocurre es que el aprendizaje cuesta caro, y si te descuidas... vas a parar con tus huesos en la guillotina. Pero si aprendes con un buen maestro, como yo, por ejemplo, yo te respondo que con pocas lecciones te hallas ya en disposición de servirte de él.

LAGARTIJA (Con cierta repugnancia.) ¿Va a ser preciso emplearlo ahora?

PABLO ¡No tengas miedo! Cualquiera diría que te estremeció su presencia. (Guardándose el puñal.) ¡Como se conoce que no estás

acostumbrado todavía! Cuando haga algún tiempo que estés en mi compañía... ya verás tú cómo desaparecen esos repulgos..., y una vez hayas sentado plaza no tardarás en ser un buen soldado.

LAGARTIJA ¿Y dices que hemos de apoderarnos de la niña?

PABLO Sí, y fíjate bien en mis instrucciones. El golpe debe darse con la mayor rapidez. Mientras yo me apodero de la niña, tú te arrojas sobre la ayudanta, aplicándole a la boca el pañuelo de cloroformo... ¡y la mujer caerá sin soltar un grito! La noche se nos va echando encima por momentos, y a estas horas no hay peligro de que nadie venga a interrumpirnos.

LAGARTIJA Si así fuera... (Llevándose la mano al cinto.)

PABLO ¡Naturalmente!... A mí no me prueba estar a la sombra, y en cuanto a ti, supongo que no vas a querer que te *enchiqueren*.

LAGARTIJA Mal debut tendría entonces...

PABLO En tal caso, ¡ya lo sabes!... (Haciendo ademán de clavar un arma.) ¡Recto y al corazón! Si te tiembla el brazo estás perdido.

LAGARTIJA ¡Silencio! ¡Mira! (Señalando en dirección a la lateral derecha.)

PABLO El guarda. No hay que alarmarse. Ya verás tú cómo se arregla esto.

ESCENA III

Dichos y GUARDA.

PABLO (Saludando al guarda.) Buenas tardes. ¿Me hace usted el favor de un poco de fuego? (El guarda entregará a Pablo el cigarro que fumaba y éste encenderá el suyo. Devolviéndole el cigarro.) Hay poca gente por ahí.

GUARDA No es extraño. Hoy todo el mundo ha ido a Longchamps a presenciar las carreras...

PABLO ¡ Es verdad ! ¡ La gente se vuelve loca por las carreras de caballos ! Yo no he sido nunca aficionado a ese sport. A mí se me parte el corazón cada vez que presencio alguna caída..., y raro es el día que no se tiene que lamentar alguna.

GUARDA ¡ Tiene usted razón !... A mí tampoco me gusta divertirme a costa de la vida de los demás.

PABLO De sobra se conoce que tiene usted buen corazón... ¿ No es verdad, Sebastián, que el señor tiene cara de hombre de bien ?

LAGARTIJA ¡ Eso salta a la vista ! El señor sin duda debe haber sido soldado, ¿ no es verdad ?

GUARDA (Con cierto orgullo.) ¿ En qué lo ha adivinado usted ?

LAGARTIJA No cuesta mucho trabajo adivinarlo. ¡ Aquel que no ha servido en el ejército no tiene el porte marcial y el continente aguerrido de usted ! Aunque quisiera usted disimularlo no le sería posible.

GUARDA (Enorgullecido.) Veo que tiene usted buen golpe de vista.

PABLO (Alargándole la mano.) Permita usted que le estreche la mano ; yo he servido también, y cuando encuentro un veterano como usted me siento atraído hacia él sin poderlo remediar. Los hombres que han empleado su vida en el servicio de la patria son los más dignos de respeto y consideración.

GUARDA (Estrechando las manos de Pablo.) Gracias, señores, gracias. Siento tener que separarme de ustedes, pero...

PABLO Lo comprendo... ¡ El deber lo reclama ! No haga usted ningún cumplido ! Nosotros nos quedaremos todavía un rato. ¡ El silencio y la soledad de estos lugares convidan al reposo y a la meditación !

GUARDA Mi gusto sería poder hacerles compañía, ¡ pero hay que vigilar ! Si supieran uste-

des el sinnúmero de granujas que andan sueltos por ahí...

PABLO ¡ Duro con ellos, pues ! ¿ Y ahora va usted a hacer la ronda por el otro lado del parque?...

GUARDA ¡ Qué remedio ! ¡ Hay que recorrerlo todo ! ¡ Hasta la vista, señores ! (Vase.)

ESCENA IV

PABLO, LAGARTIJA.

PABLO (Sin poder contener la risa.) ¿ Qué te ha parecido?

LAGARTIJA ¡ Magnífico !... El hombre se marcha encantado, y ni por asomo sospecha de nosotros.

PABLO Y no hay peligro de que vuelva por ahí en mucho rato. Para que los negocios den el fruto apetecido hay que saber adular y poseer el don de gentes. Esta es una de las condiciones indispensables en la carrera..., y si quieres prosperar en ella, es menester que no lo olvides.

LAGARTIJA ¡ Descuida ! Ya has visto como le he lavado la cara con lo del soldado.

PABLO Por ser novel en el oficio no te has portado del todo mal. (Cogiendo al Lagartija del brazo y arrastrándolo hacia la lateral izquierda.) ¡ Mira !

LAGARTIJA Se dirigen hacia aquí.

PABLO Ha llegado el momento. (Señalando uno de los macizos de plantas que existirán a ambos lados de la escena.) ¡ Escóndete ahí detrás !... ¡ Yo me ocultaré en el otro ! Serenidad, y mucho cuidado en espantar la caza. (Ambos se ocultarán, como se indica, detrás de los macizos.)

ESCENA V

Dichos. ODETTE y AYUDANTA.

AYUDANTA (Llevando a Odette de la mano.) Ha anochecido más pronto de lo que creía. ¡ La directo-

ra debe estar ya con ansia por nosotras! ¡Es menester apresurar el paso! (En este momento Pablo el Usurero y Lagartija saldrán de detrás de los arbustos, y mientras éste avanzará sigilosamente hasta colocarse detrás de la ayudanta, Pablo se colocará enfrente de ésta, interceptándole el paso.)

PABLO Perdón, señorita... ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué hora es? (Haciendo una seña al Lagartija. El Lagartija se arrojará sobre la ayudanta, aplicándole a la boca el pañuelo con cloroformo, mientras Pablo el Usurero se apoderará de la niña.)

ODETTE ¡Socorro! ¡Socorro!

PABLO (Aplicándole un pañuelo en la boca.) ¡Yo te haré callar! (Cogiendo Pablo el Usurero a la niña en brazos, y disponiéndose a marchar por la lateral derecha. Lagartija, soltando a la ayudanta, privada de conocimiento sobre el banco de piedra.)

LAGARTIJA ¿Si la habrán oído? (Arrojando al suelo el Lagartija la muñeca que la niña Odette sostenía en sus brazos.)

PABLO ¡No tengas miedo!... ¡Fuera estorbos!

LAGARTIJA (Dándole un puntapié a la muñeca.) ¡Buen viaje! (Durante todo este cuadro habrá ido anocheciendo paulatinamente, y al llegar a ésta última escena la obscuridad empieza a reinar en el escenario.)

PABLO ¡Despachemos! ¡La barraca del tío Crispín será una jaula segura para esta pajarita! (Vanse los dos, llevándose a la niña por la lateral derecha.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Cuadro IV

En las garras del buitre

Interior de la barraca del tío Crispín. En primer término, y ocupando el ala izquierda, una banqueta de zapatero, encima de la cual permanecen varios útiles del oficio: algunos pares de zapatos viejos se hallarán esparcidos por el suelo: al lado de la banqueta, un banco de madera. En el foro, puerta de entrada, y ocupando el ángulo de la derecha, un jergón de paja cubierto por una manta. Tres o cuatro sillas de enea se hallarán distribuídas por la habitación. A la izquierda, puerta lateral que comunica con otra habitación. Un quinqué de petróleo ilumina la estancia.

ESCENA PRIMERA

CRISPÍN y EL MELINDRES.

CRISPÍN (Entregando al Melindres un pár de zapatos.) Toma ese par y llévalo a su destino... ¿Ya sabes?... en el segundo del once de esta misma calle..., el violinista. ¡Si rompe tantas cuerdas de violín como zapatos no le arriendo la ganancia! ¡Este ya es el tercer par que le remiendo en lo que va de mes!... Irá pisando siempre piedras de canto. (Dando un empujón al Melindres, que se habrá puesto una chaqueta.) Listo..., no gastas tú pocos cumplidos para salir a la

calle. ¡ Ni que tuvieras que ir al Elíseo, a despachar con el presidente !

MELIN. ¡ No voy a salir en mangas de camisa, con el frío que hace !

CRISPÍN (Irónico.) ¡ Cuidado con el señorito, no vaya a coger una pulmonía ! (El Melindres, con el par en la mano, se dispondrá a marchar.) Aguarda. No vayas a dejar el calzao sin haber cobrado su importe. Serías muy capaz de hacerlo. A gandul y bobalicón no hay quien te gane.

MELIN. No tenga usted cuidao.

CRISPÍN Y no te entretengas mucho ¡ je ! que no te mantengo para que te pases el día parao delante de los escaparates. (El Melindres vase por el foro.)

ESCENA II

CRISPÍN. Luego, PABLO EL USURERO y ODETTE.

CRISPÍN (Dirigiéndose hacia la mesa y echándose un vaso de vino, pasándose la manga por los labios, después de apurarlo.) ¡ Ah ! ¡ Esto hace entrar en calor ! (En este momento llamarán a la puerta.) ¿Quién va?

PABLO (Desde fuera.) ¡ Soy yo : abre ! (Crispín abre la puerta y entra Pablo con la niña Odette en brazos.)

CRISPÍN ¿Qué es ese fardo que traes?

PABLO Poca cosa... (Acercándose al oído de Crispín.) Eso es... el Perú..., que acaba de colarse por la puerta de tu casa. ¿Dónde la suelto?

CRISPÍN (Señalando al jergón.) Déjala ahí, encima de este jergón. (Pablo hará lo que se indica.) ¿Dónde te has encontrado esa paloma?

PABLO (Sentándose y haciendo seña a Crispín para que se siente.) Siéntate y escúchame : el negocio se lo vale.

CRISPÍN Desembucha, que soy todo oídos.

PABLO (Señalando a la niña, que continúa desmayada.) ¿Tú ves a esa niña?

CRISPÍN ¡Claro que sí!... No creo tener telarañas en los ojos.

PABLO Pues bien... Esa niña es un filón, que si lo sabemos explotar puede hacer llover sobre nosotros una fortuna.

CRISPÍN Venga esa lluvia, que dispuesto estoy a aguantar el chaparrón.

PABLO Mira tú lo que llevaba colgado del cuello. (Enseñándole el medallón.)

CRISPÍN ¡Bonita alhaja!

PABLO Esa joya hace presumir que sus padres deben ser ricos.

CRISPÍN ¡Probablemente!

PABLO ¿Empiezas a comprender?

CRISPÍN ¡A Dios gracias, tengo buen olfato! Y tú piensas guardarla esperando que la reclamen. Entonces te presentas tú... y exiges un buen rescate. ¿No es ése el plan que te has formado?

PABLO ¡Diste en el clavo! ¡El negocio, por lo que ves, no es despreciable! Ahora sólo se trata de saber si tú te hallas dispuesto a guardar la chiquilla.

CRISPÍN ¿Yo?... ¿Y por qué no te encargas tú de ella?

PABLO ¡Yo soy demasiado conocido!... Ya sabes que la policía me anda siempre a las vueltas. ¡Si me vieran con una niña empezarían a sospechar!

CRISPÍN Es verdad.

PABLO Mientras que tú puedes tenerla en tu compañía sin que nadie se aperciba de ello. Nadie se acuerda de ti.

CRISPÍN Eso es lo que consiguen los hombres honraos... : que todo el mundo les olvide. Para crearse popularidad, hay que sentar plaza de granuja.

PABLO (Dándole un golpe en la espalda.) ¡Me río yo de tu honradez!... ¡Valiente lagarto eres tú!

CRISPÍN Y si acepto el trato, ¿qué es lo que voy ganando con ello?

PABLO (Sacándose un billete del bolsillo y desdoblándolo a la vista de Crispín.) Por de pronto, este *pápiro* de cien..., y si la muchacha se vende a buen precio... no te quejarás de mí. ¡ Ya sabes que no soy roñoso !

CRISPÍN (Apoderándose del papel.) Eso es hablar con propiedad. (Alargándole la mano.) ¡ Chócala !

PABLO ¿ Sellao el trato?

CRISPÍN ¡ Sellao ! Y ahora... acepta un vaso de vino. Los negocios hay que remojarlos para que salgan bien. (Ofreciéndole un vaso de vino ; él beberá también.)

ESCENA III

Dichos y MELINDRES.

MELIN. Buenas noches.

CRISPÍN ¿Te han pagao?

MELIN. (Entregando el dinero a Crispín.) Sí. (Fijándose de pronto en la niña, que continúa desmayada sobre el jergón. Acercándose a ella y pasándole la mano por la frente, prorrumpiendo en un grito de espanto.) ¡ Está muerta ! (Pablo y Crispín se volverán rápidamente.)

PABLO ¿Qué dices, imbécil?

MELIN. (Colocando la mano sobre el corazón de la niña.) ¡ No..., no..., su corazón late todavía ! Sólo se halla desmayada. (Dirigiéndose hacia una jofaina y empapando un pañuelo en agua ; luego frotará con él las sienes de la niña.) ¡ Pobrecita !... ¡ Qué hermosa es ! (Pablo y Crispín, sin preocuparse ya de la niña, continuarán su conversación en voz baja, amenizándola con sendos tragos. La niña abrirá poco a poco los ojos. Al volver en sí dirigirá la mirada en torno suyo, exclamando :)

ODETTE ¡ Papá ! ¡ Mamá !... ¿Dónde estáis?

MELIN. Llama a sus padres. ¿Qué habrá sido de ellos? (Al oir la voz de la niña, Pablo volverá la cabeza.)

PABLO ¡ Hola ! ¿Ya te has despertado? (Dirigién-

dose hacia ella.) ¡ Cuidado si tienes el sueño fuerte ! (Apartando de un empujón al Melindres.) ¡ Aparta tú de ahí, mil hombres !

MELIN. (Juntando las manos, suplicante.) ¡ No le haga usted daño ; no le haga usted daño !

PABLO (Irónico.) ¡ Hola !... ¡ Por lo visto te interesa la muchacha ! No tengas miedo, que no me la comeré. (Dándole a la niña una palmada en la espalda.) ¿ Por qué me miras con esos ojos tan asustaos? ¿ Me has tomao, acaso, por algún ogro? (Señalando a Crispín.) ¿ Ves a este señor? De hoy en adelante es menester que hagas cuanto te diga, porque de lo contrario haría correr el tirapié. Yo vendré a verte de vez en cuando ; y si lloras y no eres obediente... te las entenderás conmigo. Conque así... ¡ mucho ojo ! Aquí no nos andamos con muchos cumplidos, ¿ nó es verdad, tío Crispín?

CRISPÍN (Cogiendo una correa de encima el taburete de trabajo.) ¡ Que lo diga ése !... (Señalando al Melindres.) ¿ Eh, Melindres?

PABLO (Por la niña.) ¡ Parece un palomino atontao !

CRISPÍN ¡ Ya me encargaré yo de despabilarla, no te preocupes !

ODETTE (Echando a llorar.) ¡ Tengo miedo ! ¡ Tengo miedo !

MELIN. (Corriendo hacia ella.) ¿ Lo ven ustedes?... ¡ ya la han hecho llorar !... Claro, hablándole de ese modo... (La niña, al ver al Melindres, cesará de llorar y se abrazará a él.)

CRISPÍN ¡ Pobrecita ! ¡ Otra vez nos pondremos guantes para hablarle !

PABLO (Señalando a los dos niños.) ¿ Sabes que forman un grupo interesante?

CRISPÍN (Cogiendo brutalmente al Melindres por un brazo y arrojándole junto al taburete de trabajo.) ¡ Largo de ahí !... ¡ A trabajar !... ¡ En mi casa no quiero gandules ! Odette, sin separar la mirada del Melindres, como adivinando en él un protector, permanecerá callada y medrosa.)

PABLO (Dirigiéndose hacia la puerta, acompañado de Crispín.) Mucho cuidado, pues, y hasta la vista.

CRISPÍN Descuida; sé lo que me toca hacer. (Vase Pablo. Crispín cerrará la puerta tras él.)

ESCENA IV

ODETTE, MELINDRES y CRISPÍN.

CRISPÍN (Acercándose a la niña y cogiéndola de una mano. La niña, atemorizada, le mirará con ojos asustados, sin atreverse a hablar.) Deja que te contemple. ¡Hola, hola!... ¡Vaya un vestido majo que traes puesto!... Pues, y las botas, pespunteadas y todo. De éstas no las hago yo... Es demasiada finura para mis manos.

ODETTE ¡Suélteme usted, suélteme!... ¡Yo no sé quién es usted!... ¡No le conozco!

CRISPÍN ¡No te apures por eso! Ya me irás conociendo. ¡Ya oíste al otro! Conmigo hay que ser buena muchacha, porque de lo contrario... Por de pronto, quítate ese vestido, y mucho cuidadito con chistar. ¿No me has oído?

ODETTE ¡Quiero irme! ¡Quiero irme!

CRISPÍN ¿Y a dónde, pimpollo..., si se puede saber?

ODETTE (Llorando.) ¡Quiero irme al cielo, con papá y mamá!

CRISPÍN ¡Caramba!... ¡Si que piensas ir lejos! ¡Vamos, desnúdate..., tiempo te quedará para gimotear!

ODETTE ¿Desnudarme?

CRISPÍN Sí. Aquí hay una temperatura muy alta, y no hace falta llevar tanta ropa. Aligérate ya. (Sacudiéndola por el brazo.) ¿No me has comprendido?

ODETTE (Llorando.) ¡Me ha hecho usted daño!

MELIN. (Levantándose, con acento trémulo de ira.) ¡Oh, no!... ¡Pegarle, no; pegarle, no!

CRISPÍN ¡Hola!... ¿quién te ha dao a ti vela en ese entierro? ¡Cúidate de tu trabajo! A mí los gallos me gustan en el asador... y a los que me ponen cara sé cortarles la cresta cuando conviene. (Apoderándose de la correa de encima del taburete. A la niña.) Despacha... El tiempo es oro, y es menester aprovecharlo. (Amenazándola con la correa.) ¿Te desnudas o no?

ODETTE (Aterrorizada, apresurándose a quitarse el vestido.) Sí, sí.

CRISPÍN Así me gusta..., que seas obediente. (Apoderándose del vestido que se habrá quitado la niña, y examinándolo detenidamente.) ¡Está flamante!... A mal vender... lo menos darán veinte francos. Ahora, quítate los zapatos.

MELIN. (Levantándose y adelantando hacia Crispín.) ¡Oh, no; eso, no!

CRISPÍN ¡Otra vez!... ¡Qué mal bicho te ha picado esta noche! Mira... que le andas buscando tres pies al gato, y como se me hinchen las narices, te va a doler de verdad.

MELIN. ¿No comprende usted que es inhumano y cruel lo que hace? ¡Despojar de sus ropas a esta pobre niña! Con el frío que hace. ¿Quiere usted que se muera?

CRISPÍN No tengas miedo... El frío es sano y abre el apetito. Vamos..., descálzate ya... ese par de perlas finas. Lo menos, voy a sacar de él para un litro de dulce. No tengas cuidado: si eres buena muchacha ya te dejaré probar una copita.

MELIN. ¡Oh, por piedad!... ¿Acaso no tiene usted corazón?

CRISPÍN ¿Por donde te descuelgas tú ahora? ¡Corazón!... ¡Con eso no se saca ni para una copa de aguardiente! Apártate, y déjate ahora de palabras tiernas.

MELIN. ¡No..., no..., yo no puedo consentirlo

CRISPÍN Apártate he dicho.

MELIN. ¡Aunque me mate no me iré; ya estoy acostumbrado a los golpes! Me ha pegado usted tanto... que ya no me asustan sus amenazas...

CRISPÍN ¡Ah!... ¿Conque no te asustan?... Aguarda un poco. Por última vez: ¿quieres irte?

MELIN. Desista usted de su empeño... y no tendrá usted que volver a repetirlo.

CRISPÍN (Descargándole un golpe en la frente con la correa.) ¡Toma, pues..., y vuelve a meterte en lo que no te importa! (El Melindres se llevará la mano a la frehte y caerá medio desmayado sobre una silla: la sangre correrá de la herida.)

ODETTE (Temblando de miedo y contemplando al Melindres, llena de lástima.) ¡Sangre! ¡Sangre!

CRISPÍN (Quitándole las botas a la niña.) Y como no te estés quieta, vas a probar también mi correa. (Colocando el vestido y los zapatos dentro de un pañuelo, atándolo luego por los cabos.) ¡Y ahora... a ganar el jornal!

ODETTE ¡Tengo frío; tengo frío!

CRISPÍN Métete en la cama y te calentarás... Hasta luego, y chitón. ¡Papá Crispín tiene malas pulgas! (Vase por el foro, cerrando la puerta con llave.)

ESCENA V

ODETTE, MELINDRES.

MELIN. (Llevándose la mano a la frente, de donde brota la sangre.) ¡Qué dolor!... ¡Qué dolor!

ODETTE (Acercándose a él.) Aguarda. (Aproximándose a la jofaina, mojando el mismo pañuelo que antes habrá hecho servir el Melindres para ella, y restañándole con él la herida. El Melindres respirará con más libertad.)

MELIN. Gracias.

ODETTE ¿Se te alivia?

MELIN. Sí. (Estrechando la mano de la niña.) ¡Qué buena eres!

ODETTE ¡Tú también... eres bueno! ¡Por defenderme a mí te han herido! ¡Si supieras la pena que me has dado!

MELIN. No te acuerdes ya de ello. Ya se me pasó el mal. (Atrayéndola hacia sí.) Dime, ¿cómo te llamas?

ODETTE Odette... ¿Y tú?

MELIN. Yo... Andrés... Pero por apodo me llaman el Melindres.

ODETTE Yo te llamaré siempre por tu nombre, ¿quieres?

MELIN. ¡Sí!... Y al oirlo pronunciar de tus labios me sonará más dulce. (La niña, como si fuera víctima de un desvanecimiento, apoyará la cabeza en la palma de la mano.) ¿Qué tienes? Te has puesto pálida.

ODETTE No es nada..., ya se me pasará. (Melindres, corriendo hacia un armario, y apoderándose de un pedazo de pan, entregándoselo a la niña.)

MELIN. Ya adivino. ¡Tienes hambre!... Toma... Lo encontrarás algo duro.

ODETTE (Comiendo el pan con avidez.) ¡No, no..., está muy bueno!

MELIN. (Contemplándola con tristeza.) ¡Pobrecita!

ODETTE Ahora tengo sed.

MELIN. (Ofreciéndole un cántaro de agua.) ¡Bebe! (La niña beberá.)

ODETTE (Estrechando las manos de Melindres.) ¡Gracias, gracias! ¡Qué bien me encuentro ahora! Vámonos ya. El hombre malo puede venir de un momento a otro y volvería a pegarte..., y yo no quiero que te peguen.

MELIN. No podemos salir.

ODETTE ¿Por qué?

MELIN. (Señalándole la puerta.) ¡La puerta está cerrada con llave!

ODETTE ¿Y debemos permanecer aquí toda la noche?

MELIN. Sí. (Pausa.)

ODETTE ¿Y hace mucho tiempo que tú estás en esta casa?

MELIN. Mucho.

ODETTE ¿Y tus papás..., por qué no te llevan con ellos?

MELIN. (Con tristeza.) Yo no tengo padres.

ODETTE ¿Han muerto?

MELIN. Sí.

ODETTE ¡Como los míos! ¡Pobre Andrés! (Abrazándolo.) A ti no te sabrá mal que yo te hable de ellos, ¿no es verdad?

MELIN. No.

ODETTE ¿Y no te burlarás de mí, como las niñas del colegio?

MELIN. Al contrario... Los recordaremos juntos... y mezclaremos nuestras lágrimas. Dios, sin duda, te ha interpuesto en mi camino para ampararte y defenderte, y desde hoy he de considerarte como a una hermana.

ODETTE Sí, sí..., nos amaremos mucho. Yo te amo ya..., como si siempre te hubiera conocido. ¡Si supieras cuántas ganas tenía de encontrar alguien que me quisiera!

MELIN. ¡Pobre Odette! Pronto empezó el sufrimiento para ti.

ODETTE Ahora ya no me asusta la desgracia; al oirte a ti me parece oir la voz de mis padres. ¡Y ahora que recuerdo..., voy a enseñarte sus retratos! ¡Ya verás qué guapos eran! (Al apercibirse de que le falta el medallón prorrumpirá en sollozos.) ¡Me lo han robado!

MELIN. ¿El qué?

ODETTE El medallón que contenía los retratos de mis padres. ¡El único recuerdo que tenía de ellos!

MELIN. ¡Miserables! ¡Miserables!

ODETTE ¡Todo me lo han quitado! ¡Mi muñeca también! ¡Pobre Lulú! ¡Pobre Lulú!

MELIN. ¡No te desconsueles! ¡Ya te compraré otra!

ODETTE (Extrañada.) ¿Tú... tienes dinero?

MELIN. Sí. Cuando voy a entregar algún par, a

veces me dan alguna propina, y de ese modo he logrado reunir algún dinero.

ODETTE (Abrazándole.) ¿Sabes que ha sido una suerte el encontrarte?... ¡Estoy segura que papá y mamá, que me miran desde el cielo, deben sentir gran alegría, y dan gracias a Dios por haber hecho que te hallara en mi camino! Tú no te separarás nunca de mí, ¿no es verdad?

MELIN. No, no..., pero debes estar muy fatigada y necesitas descansar. Echate aquí..., sobre este jergón. (La niña hará lo que se indica.) Debes tener frío, ¿no es cierto?

ODETTE No, no.

MELIN. (Quitándose la chaqueta y arropando con ella a la niña.) Sí, sí. En esta barraca reina una temperatura glacial. ¿Estás bien, ahora?

ODETTE (Sentándose en la cama y echándole los bracitos al cuello.) Sí; pero ahora serás tú el que tendrá frío.

MELIN. ¡No te preocupes por mí! Yo ya estoy acostumbrado.

ODETTE ¿Y si viene el hombre malo?

MELIN. ¡No te dé ningún miedo! ¡Yo no me separaré de tu lado! Vamos, duerme tranquila... ¡El sueño repondrá tus fuerzas! (La niña se irá quedando poco a poco dormida. Contemplando a la niña dormida con infinita expresión de ternura; levantando luego la mirada al cielo.) ¡Dios mío, Dios mío!... Dame fuerzas para proteger a este ángel. ¡No me abandones, Señor. (En este momento se oirá meter la llave en la cerradura y entrará Crispin dando traspiés con una botella de aguardiente en la mano.)

ESCENA VI

Dichos y CRISPÍN. Crispín, colocando la botella sobre la mesa, fijándose luego con Melindres.

CRISPÍN ¿Y la chavala?

MELIN. (Señalándole a la niña y haciéndole seña de que no grite.) ¡No la despierte usted!

CRISPÍN ¡La has hecho acostar en tu cama! Y tú, ¿dónde vas a dormir esta noche?

MELIN. Yo..., dormiré en una silla.

CRISPÍN No va a estar poco bien la señorita; ni que fuera una marquesa. (Destapando la botella de aguardiente y bebiendo un trago.) ¿Quieres?

MELIN. No.

CRISPÍN (Sacándose un puñado de monedas y enseñándolas a Melindres.) ¡Mira... cuánta metralla! Hoy el jornal ha sido bueno..., pero no todos los días caen palomas para desplumar.

MELIN. (¡Miserable!)

CRISPÍN (Volviendo a beber, y ya completamente borracho.) Vaya un néctar... ¡Haces mal en no querer probarlo! ¡Esto alegra la vida..., y para las penas, no hay medicina mejor! (Deteniéndose, de pronto, delante de la cama donde descansa la niña.) ¿Qué haces ahí, sin mover pie ni mano? ¡Tienes miedo de que te soplen a la muchacha! ¡Valiente guardián se ha escogido!

MELIN. ¡Calle usted, por Dios!...

CRISPÍN Bueno... ¡Habrá que darle gusto al señorito!... ¡Ya me callo! ¿Estás ahora contento?... ¡Pero antes quiero que pruebes un buche de esta ambrosía de los dioses! ¿Estamos? ¡Se me ha puesto entre ceja y ceja..., y yo soy muy testarudo! (Dándole la botella para que beba.) ¡Toma..., ya verás lo que es canela!

MELIN. (Rechazando la botella.) ¡He dicho que no! ¡El licor me hace daño!

CRISPÍN (Con la obstinación de la embriaguez.) Si no empinas el codo te arrojo esta silla. (Apoderándose de una silla y haciendo ademán de arrojársela.)

MELIN. ¿Pero no le digo a usted que me hace daño?

CRISPÍN ¡Ah! ¿No?... ¡Pues toma! (La silla arrojada por él irá a caer a los pies de la cama.) ¡Siento no haberte dao..., para curarte de tus melin-

dres ! (La niña, al ruido que habrá hecho la silla al caer, se habrá despertado, y al ver a Crispín lanzará una exclamación de terror, abrazándose al Melindres.)

ODETTE ¡ El hombre malo ! ¡ El hombre malo !

CRISPÍN ¿Qué es eso? ¡ Tienes miedo !

MELIN. ¡ Váyase usted ! ¡ Váyase usted !

CRISPÍN ¿Que me vaya? ...Eso es arrojarme de mi casa. ¡ Me gusta !... ¡ Ya estoy viendo que va a ser preciso complacerte ! Lo ordenas con un tono que casi casi da miedo ! ¡ Vaya con el gigante Goliat ! (Echándose a reir, completamente borracho.)

ODETTE (Apretándose al cuello de Melindres.) ¡ Tengo miedo !

MELIN. ¿No lo oye usted? ¡ Retírese !... ¿No comprende que está usted borracho?

CRISPÍN ¿Eh?... ¿Qué has dicho?... ¡ Eso sí que no lo tolero ! ¿Yo borracho..., borracho? ¡ Eso no es verdad ! Yo no me emborracho nunca, ¿lo oyes?... A mí no se me sube el vino a la cabeza..., y si piensas que no tengo fuerzas para sostenerme, estás equivocado... (Acercándose al Melindres y dándole un golpe en la espalda.) Si quieres probarlo..., vamos ahora mismo a medir nuestras fuerzas... y veremos quién tiene más... ¿Estás conforme?

MELIN. Apártese usted, apártese...

ODETTE (Juntando las manitas.) No le haga usted daño.

CRISPÍN Miren la rapazuela cómo lo defiende. ¡ Pronto te ha caído en gracia ! Y a mí, ¿no me abrazas? (Aproximándose a ella.) Yo también tengo derecho a ello... Pronto..., o sino va a correr el palo.

MELIN. Déjela usted, o de lo contrario... (Sin poder contener por más tiempo la cólera que hierve en su pecho.)

CRISPÍN ¿Me haces cara?... ¡ Así me gusta !... ¡ Los hombres deben tener sangre en las venas ! (Disponiéndose a luchar con él.) ¡ Vere-

mos qué tal te portas!... ¿A qué esperas?

ODETTE ¡No, no! ¡Yo no quiero que te pelees con él!

CRISPÍN ¡Pues te advierto que si él se niega va a ser preciso que te dejes abrazar! ¡Una de dos! ¡Escoge!

MELIN. ¡Y bien!... Puesto que usted se empeña...

CRISPÍN Veamos... cómo la defiendes... (Después de una breve lucha Crispín le dará un fuerte empujón tirándole al suelo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con el coloso!... ¡A la primer embestida ya se desploma! ¿Sabes que tienes unos puños de hierro? (Dirigiéndose hacia la mesa, cogiendo la botella y empinando con ella.) Si bebieras aguardiente... se te quitaría esa flojedad... (Después de haber bebido.) ¡Ajá!... Esto da vigor! (Odette habrá corrido a auxiliar a Melindres.)

ODETTE ¿Te ha hecho daño?

MELIN. No.

ODETTE (Señalando a Crispín, que después de haber vuelto a apurar el contenido de la botella caerá sobre la mesa.) ¡Se duerme!... (Fijándose de pronto con el Melindres, que llorará en silencio.) ¿Lloras? (Abrazándolo tiernamente.) Yo no quiero que llores.

MELIN. (Con la voz entrecortada por los sollozos.) ¿Por qué Dios me hizo tan débil y enfermizo? ¡Miserable de mí, miserable!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Cuadro V

El regreso del héroe

La misma decoración del primer acto.

ESCENA PRIMERA

GENOVEVA y JOSÉ.

JOSÉ (Acercándose a Genoveva, que permanece de pie ante la ventana.) ¡Genoveva!

GENOVEVA ¿Ya estás de vuelta, José? Y bien..., ¿se ha conseguido averiguar algo?

JOSÉ ¡Nada! Cuantas pesquisas ha practicado la policía han resultado inútiles.

GENOVEVA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

JOSÉ Tranquilízate, Genoveva. Piensa que de un momento a otro puede llegar el capitán, y es menester demostrar entereza, para que no adivine de momento la verdad.

GENOVEVA ¿Qué dirá cuando sepa que su hija ha desaparecido? Como si no fuera bastante el dolor producido por la muerte de su esposa..., al enterarse de ello su desesperación no tendrá límites. Mas le valiera haber muerto entre los árabes.

JOSÉ Confiesa, Genoveva..., que ha sido un

verdadero milagro el que escapara con vida del poder de aquellas tribus sanguinarias. Su reaparición ha llenado de júbilo a toda la Francia. ¡ Si vieras a la gente cómo se arremolina por la calle para presenciar su llegada ! Se le prepara un recibimiento entusiasta. (Sacándose un periódico del bolsillo y disponiéndose a leer.) Escucha, escucha lo que dice el periódico de esta mañana : «Un héroe.» ¿Qué te parece el epígrafe? «El capitán Rodolfo d'Avigni, que, como saben nuestros lectores, cayó heroicamente a la cabeza de una compañía cuando la toma de Zeymur, y fué dejado por muerto en el campo de batalla, ha sobrevivido a sus heridas. Hecho prisionero de los árabes y guardado por éstos como rehén, ha conseguido evadirse después de un año de cautiverio. Su energía y su robusto temperamento le han salvado. ¡ El capitán, rodeado de una aureola de gloria y popularidad, regresa hoy a Francia. Al anunciarlo con inmenso júbilo... esperamos que todos aquellos que sientan arder en sus venas el santo amor a la patria acudirán a recibir al héroe, tributándole el aplauso que se merece.» ¿Eh?... ¿Qué dices de esto?

GENOVEVA Sí, sí... Yo también ardo en deseos de estrecharle entre mis brazos... ¿Pero qué le diré cuando me pregunte por su hija? ¿Qué palabras de consuelo y resignación hallaré para calmar su dolor..., si el mío es tan grande que no hallo manera de mitigarlo? (En este momento se oirá un gran ruido provinente de la calle, que irá aumentando gradualmente.)

JOSÉ (Acercándose al balcón.) ¿Oyes?... La multitud prorrumpe en gritos y aclamaciones... ¡ Es él..., lo distingo a lo lejos !... ¡ Ya se acercan ! (En este momento de oirán gritos de:

"¡Viva el capitán d'Avigni!" "¡Viva nuestro héroe!" Abriendo el balcón y asomándose.) ¡Ya están ahí! ¡Míralo, Genoveva, míralo! ¡Ahora se apea del carruaje!... ¿Oyes cómo lo vitorean? (En este momento se oirán algunos vivas y una salva de aplausos. Prosigue con voz emocionada.) ¡Tiemblo de emoción al pensar que va a llegar de un momento a otro! (De pie en el umbral del balcón.) Ha entrado ya en el portal. Valor, Genoveva, valor...; que no lea en tu rostro la fatal noticia. (En este momento entrará Rodolfo d'Avigni, de uniforme, seguido del ministro de la Guerra, de Andree Duberge y altos dignatarios. Al entrar dirigirá una mirada a su alrededor como si buscara algo. Genoveva, al verle, hará ademán de besarle la mano, pero él le abrirá los brazos, en los que aquélla se precipitará.)

ESCENA II

Dichos. CAPITÁN D'AVIGNI, MINISTRO, ANDREE DUBERGE y comparsas.

CAPITÁN ¡A mis brazos, mi buena Genoveva! (Desprendiéndose de los brazos de Genoveva y estrechando afectuosamente a José.)

JOSÉ (Sin poder contener las lágrimas.) ¡Señor!

CAPITÁN (Con la voz embargada por la emoción.) He sabido la noticia de la muerte de mi buena y querida María Luisa. (Designando al ministro.) El señor ministro acaba de notificármela. Dios ha descargado sobre mí un golpe cruel..., pero aun me queda un consuelo, mi hija Odette, mi adorada hija. Vé a buscarla; ardo en deseos de estrecharla entre mis brazos.

GENOVEVA ¡Señor!...

CAPITÁN ¿Por qué no me obedeces? ¿No me has oído, que te pido a mi hija?... Corre, corre a buscarla.

GENOVEVA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CAPITÁN (Acercándose a ella fuera de sí.) ¿Qué significa? ¿Qué le ha ocurrido a mi hija? ¿Ha muerto también?

GENOVEVA (Con la voz embargada por el llanto.) No, no...

CAPITÁN Entonces...

GENOVEVA Odette, señor, ingresó hace poco en un colegio por orden del señor teniente d'Avigni..., que debía reingresar a bordo.

CAPITÁN ¿Y bien?

GENOVEVA Y hace algunos días, señor..., la niña ha sido robada.

CAPITÁN ¿Qué estás diciendo?... Pero ¿y la policía, nada ha logrado descubrir?

GENOVEVA ¡Nada, señor! Todo cuanto se ha intentado ha resultado inútil.

CAPITÁN (Dejándose caer anonadado sobre una silla.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! Esto es ya demasiado.

MINISTRO (Acercándose al capitán y estrechándole la mano.) ¡Valor, amigo mío... ; hay que ser fuerte ante la desgracia! ¡Usted, que tantas pruebas ha dado de valor, no se deje abatir ahora por el sufrimiento! (En este momento el público, que se supone estacionado al pie del balcón, volverá a prorrumpir en gritos y aclamaciones y los gritos de: "¡Viva el capitán d'Avigny!" "¡Viva héroe de la Francia!", se oirán ensordecedores.)

CAPITÁN (Levantando la cabeza con amarga tristeza.) ¡Amarga ironía de la vida! ¡Mientras mi corazón se despedaza por el dolor me aclaman entusiasmados! ¡Si supieran cuán crueles resuenan en mis oídos esas aclamaciones! (El público seguirá vitoreando al capitán, llamándole al balcón para aclamarle.)

MINISTRO (Cogiendo del brazo al capitán.) ¡Piden que salga usted al balcón! ¡Hay que sacrificarse, amigo mío!

CAPITÁN ¡Tiene usted razón! Los dolores más crueles no son los que he sufrido en mi cautiverio, sino los de ahora. Las balas de los árabes no hacen tanto daño como los gritos de esa muchedumbre entusiasmada. (El capitán, acompañado del ministro, se

asomará al balcón, saludando; la multitud, al verle, redoblará su griterío.)

GENOVEVA (Secándose las lágrimas.) Su dolor me parte el corazón...

JOSÉ ¿De qué le ha servido luchar tanto? ¡Triste recompensa la que le reservaba el destino! (El capitán, apoyado del brazo del ministro, se retirará del balcón, al paso que el murmullo de la gente se irá apagando.)

CAPITÁN (Sentándose desfallecido.) ¡Gracias, señor ministro! ¡Jamás podré olvidar la afectuosa acogida que me ha dispensado el gobierno!... Sírvase usted testimoniarle mi gratitud, haciéndole presente que mi brazo y mi vida estarán siempre al servicio de la república.

MINISTRO El gobierno, señor capitán d'Avigni, estima en lo que valen sus relevantes méritos..., y para recompensarlos me encarga que le haga a usted entrega de estas insignias. (Apoderándose de las insignias de la legión de honor, que un ordenanza sostendrá sobre un almohadón de terciopelo.)

CAPITÁN ¡La cruz de la legión de honor! ¡Yo no soy digno de tan alta distinción!

MINISTRO (Imponiéndole las insignias.) Los hombres que, como usted, han servido a la patria derramando su sangre por ella, deben ser señalados en el libro de la historia con letras de oro... (Abrazando al capitán.) ¡La Francia se honra con tales hjios!

CAPITÁN (Con la voz embargada por la emoción.) Señor ministro: Dios ha juntado la mayor alegría de mi vida con el más grande dolor. (Estrechándole las manos con efusión.) ¡Gracias, gracias!... Jamás podré olvidar tales pruebas de afecto y consideración.

MINISTRO Y ahora..., amigo mío, sólo me resta recomendarle a usted resignación. Su hija se encontrará, no lo ponga usted en duda. Yo mismo me avistaré con el inspector general de policía, a fin de que

ponga en movimiento a todos sus agentes. ¡ Serénese usted ! El corazón me dice que no tardará usted en estrecharla entre sus brazos.

CAPITÁN Gracias, gracias. (El ministro se adelantará hacia la puerta. Los demás dignatarios, al pasar por delante del capitán, le estrecharán la mano uno a uno, inclinándose ante él.)

MINISTRO (Saludando desde el dintel de la puerta.) ¡ Señor capitán d'Avigni !...

CAPITÁN (Saludando militarmente.) ¡ Mi general !... ¡ Señores !... (Todos saldrán, seguidos de José.)

ESCENA III

CAPITÁN y GENOVEVA.

CAPITÁN (Adelantándose hacia Genoveva y estrechándole la mano.) ¡ Genoveva !... ¡ Mi buena Genoveva ! Por fin nos han dejado solos... Háblame de ella. Cuéntamelo todo... ¡ Quiero saberlo todo !

GENOVEVA Señor...

CAPITÁN ¿Cuánto tiempo hace que robaron a mi hija?... ¡ Habla !

GENOVEVA Ocho días, señor. Hoy hace ocho días que la directora de la Pensión Molière vino a revelarme, con voz alterada, la terrible desgracia. Según la relación que aquélla me hizo, Odette, que se hallaba algo delicada de salud, iba todas las tardes, por orden del médico, a dar un paseo en compañía de una ayudanta ; y, según ésta, la última tarde que salió con la niña, y al emprender el regreso al colegio, después de haber dado el habitual paseo por el parque Monceau, dos desconocidos les atajaron el paso, arrojándose uno de ellos sobre ella, y aplicándole un pañuelo con cloroformo ; y cuando acudieron a auxiliarla y logró recobrar los sen-

tidos, ¡la niña había desaparecido! Calcule usted, señor, el dolor y la desesperación que se apoderó de mí al recibir semejante noticia.

CAPITÁN Lo comprendo, mi buena Genoveva, lo comprendo.

GENOVEVA Inmediatamente di orden a José de que fuera a poner el hecho en conocimiento del comisario de policía, a fin de que practicaran cuantas pesquisas fueran necesarias, como así se hizo, y hasta ahora...

CAPITÁN Nada se ha descubierto, ¿no es verdad?

GENOVEVA Nada, señor. Todo sigue envuelto en el más impenetrable misterio.

CAPITÁN ¿Y la niña se hallaba contenta en la pensión?

GENOVEVA ¡Ah, señor!..., en cuanto a esto, lo pongo en duda. La pobrecita desde la muerte de su mamá no hacía más que llorar, y el día que ingresó en la pensión...

CAPITÁN ¿Qué?... ¿Qué?

GENOVEVA (Llorando.) ¡Se abrazó llorando a mi cuello, diciéndome que quería ir al cielo con su papá y su mamá! (Pausa.)

CAPITÁN ¡Pobre hija mía! Pero ¿con qué objeto se apoderaron de ella?

GENOVEVA Según lo que yo presumo, la niña habrá sido robada por alguien que la conserva en su poder con la esperanza de sacar provecho de ella.

CAPITÁN ¡Sí..., sí..., tienes razón!... ¡Esto debe ser!... ¿Pero cómo averiguar? ¿Cómo? (Como asaltado de una idea repentina.) Se me ocurre una idea. ¿Y si mandara poner un suelto en los periódicos dando las señas de la niña y ofreciendo por ella un buen rescate? ¿Qué te parece?

GENOVEVA ¡Oh, sí, sí!... Me parece lo más acertado.

CAPITÁN (Sentándose ante la mesa y disponiéndose a escribir.) Ahora mismo voy a redactar el suelto. Toda mi fortuna daré, si es preciso, con

tal de recobrar a mi hija. ¡Qué me importa el dinero sin ella!

ESCENA IV

Dichos y JOSÉ.

JOSÉ (Deteniéndose ante el dintel de la puerta.) ¡Señor!

CAPITÁN ¿Qué hay, José?

JOSÉ Un hombre de mala catadura solicita permiso para hablar con el señor.

CAPITÁN (Con sorpresa.) ¿Conmigo? ¿Y dices que...

JOSÉ Es de aspecto algo sospechoso, y yo, si fuera del señor, no le recibiría.

CAPITÁN (Pensativo.) ¿Y si fuera...? ¡Al contrario! Díle que pase en seguida. Tal vez me trae noticias de mi hija. (José saludará y saldrá.)

ESCENA V

CAPITÁN y GENOVEVA.

GENOVEVA Tenga usted cuidado, señor... Acaso trate de tenderle alguna emboscada.

CAPITÁN No tengas miedo. En tal caso sabré defenderme. (Asegurándose de que su revólver está cargado y colocándolo de nuevo en el cinto.) Déjame ahora, mi buena Genoveva..., y pídele a Dios que me haga hallar pronto a mi hija. (Vase Genoveva.)

ESCENA VI

CAPITÁN, JOSÉ y PABLO EL USURERO.

JOSÉ Señor..., he ahí el sujeto que solicita hablar con usted.

CAPITÁN (Haciendo seña a José de que se retire.) ¡Retírate! (José saluda y vase.)

ESCENA VII

CAPITÁN y PABLO EL USURERO.

CAPITÁN Acérquese usted y diga lo que se le ofrece.

PABLO Ante todo permita usted, señor capitán, que le felicite a usted por su bravura. Yo he sido uno de los que han acudido a su llegada y que con mayor entusiasmo han vitoreado a usted.

CAPITÁN Bien, bien ; dejemos eso...

PABLO Es usted muy modesto.

CAPITÁN Le ruego a usted que se explique ; tengo el tiempo muy limitado y puedo disponer de pocos instantes ; así es...

PABLO Lo comprendo... Después de una ausencia de tanto tiempo se hallará usted impaciente por volver a ver a los amigos y relatarles sus hazañas. ¡ Es muy natural y no me sorprende ! (El capitán, levantándose de repente, sorprendido por el tono irónico con que hablará Pablo el Usurero.)

CAPITÁN ¿Qué significa?

PABLO No se incomode usted, capitán... Voy a explicarme..., ¡ y quién sabe si después de haber oído mi explicación no demostrará usted tanta prisa !

CAPITÁN (Mostrándole el revólver.) ¡ Le advierto a usted que estoy prevenido !

PABLO ¿Por quién me ha tomado usted, señor capitán? Yo soy un hombre honrado..., y aunque no cubra mi pecho con tantas condecoraciones como usted, no por eso dejo de ser hombre de honor.

CAPITÁN Acabemos.

PABLO ¿Como quiere usted acabar si aun no hemos empezado?

CAPITÁN Y bien...

PABLO ¡ Cómo se conoce que es usted militar ! Los asuntos no pueden llevarse a la ba-

yoneta ; hay que tratarlos despacio y con tiempo. (El capitán hará un gesto de impaciencia.) ¡ Voy a calmar su impaciencia !... ¡ Yo sé donde se halla su hija de usted !

CAPITÁN ¿Qué ha dicho usted?... ¿Es eso cierto?

PABLO ¿Lo ve usted como ya va interesándole el asunto? ¡ Tan cierto como aun no hace dos horas que me he separado de ella !

CAPITÁN ¡ Entonces no se negará usted a devolvérmela !

PABLO ¡ Ah !... Eso ya es otro cantar, y es menester sentar los puntos sobre las ies.

CAPITÁN (Haciendo ademán de sonar un timbre.) Yo le obligaré a usted.

PABLO Le advierto a usted que si da orden de detenerme su hija desaparecerá para siempre.

CAPITÁN ¡ Oh !... ¿Entonces, por qué se niega usted a devolvérmela?

PABLO ¡ Me gusta ! Usted podrá entender mucho de estrategia, señor capitán, pero lo que es de negocios se halla usted muy atrasado.

CAPITÁN Explíquese usted con claridad.

PABLO ¿Se figura usted que después de haber mantenido a su hija durante todo este tiempo se la voy a devolver sin recibir ninguna indemnización? No soy ningún *panoli,* y sé sacar el jugo a los negocios.

CAPITÁN Y bien..., diga usted la suma a que crea tener derecho..., y terminemos de una vez.

PABLO Es que tal vez va a parecerle a usted algo crecida.

CAPITÁN No importa. (Haciendo ademán de sacarse la cartera.) ¡ Hable usted !

PABLO Pues bien..., con cincuenta mil francos me daría por satisfecho.

CAPITÁN ¿Qué ha dicho usted? ¿Está usted loco?

PABLO ¡ Ya me sospechaba yo que la encontraría usted exagerada ! ¡ Pero usted no sabe los trabajos y molestias que me ha ocasio-

nado la niña ! ¡ Hay cosas, créalo usted, que no se pagan con dinero !

CAPITÁN ¡ Necio de mí ! ¡ Ya debí pensarlo desde un principio ! ¡ Márchese usted si no quiere que le haga prender inmediatamente !

PABLO ¡ Cómo ! ¿ Me cree usted acaso un impostor ?

CAPITÁN Usted, no sé por qué conducto, ha averiguado que mi hija había desaparecido, y se ha dicho : vamos a ver a este capitán y hagámonos pasar por el raptor de su hija. ¡ Perturbado como se halla por el dolor creerá a pies juntillas cuanto le diga y soltará fácilmente el dinero ! ¿ No es eso?... Ya ve usted cuán fácilmente he descubierto todo su plan.

PABLO No está mal discurrido.

CAPITÁN Márchese usted ya, márchese...

PABLO ¿ Y si para disipar sus dudas le mostrara cierto objeto?...

CAPITÁN ¿ Qué quiere usted decir?

PABLO (Enseñándole el medallón robado a la niña.) ¿ Reconoce usted este medallón ?

CAPITÁN ¡ El medallón con el retrato de mi esposa y el mío ! ¿ Cómo se halla en su poder esta joya?... Conteste usted.

PABLO ¿ No lo adivina usted todavía? ¡ Este medallón era el que llevaba pendiente del cuello su hija de usted ! ¿ Quiere usted ahora, para acabar de convencerle, que le diga el nombre de su hija?

CAPITÁN Sí, sí.

PABLO La niña se llama Odette, tiene diez años y tiene el cabello negro.

CAPITÁN ¡ Oh, sí, sí !... Es ella..., no me cabe duda. Ahora veo claramente que no me engaña usted.

PABLO ¡ Gracias a Dios !... ¡ Y cuanto le ha costado a usted convencerse !

CAPITÁN ¡ Vamos..., vamos en busca de la niña !

PABLO (Con mucha calma.) ¿ Se halla usted dispuesto a soltar el parné?

CAPITÁN ¡ Cincuenta mil francos..., comprenda usted que es exorbitante !

PABLO ¿Acaso la vida de su hija no vale más?

CAPITÁN ¡ Sí, sí, tiene usted razón ! ¡ Daré todo cuanto usted quiera !

PABLO ¡ Así me gusta ! Oiga usted ahora lo que precisa hacer. Esta noche acuda usted a las diez al muelle de Orleans. Allí habrá un hombre que le conducirá a donde se halla su hija. Yo estaré también, y fácilmente arreglaremos el negocio.

CAPITÁN ¿Hasta la noche?... Tener que aguardar tanto...

PABLO ¡ Qué importa !... ¡ Puesto que tiene usted la seguridad de volver a verla ! ¿Convenido?

CAPITÁN ¿Y si tratara usted de tenderme un lazo?

PABLO ¿Con qué objeto?... ¿No se halla usted dispuesto a entregar el dinero?... ¿Entonces?... No se olvide, sobre todo, de llevar un talonario de cheques... Es un requisito indispensable.

CAPITÁN Bien, bien...

PABLO (Adelantando hacia la puerta.) ¡ Y no trate usted de hacerme seguir ni de denunciarme, porque ya sabe usted que si me prenden la niña desaparecerá para siempre !

CAPITÁN ¡ Hija mía !

PABLO Hasta la noche, pues..., y no se olvide usted que debe acudir solo a la cita. Tenga presente a lo que se expone caso de hacerse acompañar o de dar aviso a la policía.

CAPITÁN ¡ Basta, basta !

PABLO Y ahora, señor capitán, permita usted que le reitere mi felicitación y le dé las gracias por el favor que me ha dispensado al recibirme usted en su casa. Si en algo puedo ser a usted útil, ya sabe usted que estoy a su disposición. (Saluda profundamente desde la puerta y vase lateral izquierda.)

ESCENA VIII

CAPITÁN, GENOVEVA y JOSÉ.

CAPITÁN (Corriendo al encuentro de Genoveva.) ¡ Genoveva !... ¡ Genoveva !... ¡ Mi hija vive !... Estoy seguro de ello... ¡ Alégrate !... ¡ Dentro de poco podremos estrecharla en nuestros brazos !

JOSÉ (Que entrará en aquel momento.) ¿ Qué dice usted, señor?... ¿ Será posible?

GENOVEVA ¿ Y sabe usted dónde se halla?

CAPITÁN Todavía no..., pero no tardaré en saberlo. Este hombre que acaba de salir me ha prometido entregármela esta misma noche.

GENOVEVA ¡ Con tal de que no sea un engaño !

CAPITÁN ¡ No ! Me ha enseñado el medallón que contiene el retrato de Luisa y el mío.

GENOVEVA ¡ Oh, sí !... ¡ El mismo que le entregó a la niña el señor teniente d'Avigni al ingresar en la pensión ! ¿ Luego será verdad?... ¡ Volveremos a verla !... ¡ Gracias, Dios mío, por habérmela devuelto !

JOSÉ Y ese hombre... habrá exigido una fuerte suma, ¿ no es verdad?

CAPITÁN Sí..., pero ¿ qué importa? ¿ Qué significa el dinero al lado de la vida de mi hija? (Estrechando las manos de Genoveva y de José.) ¡ Ah, mis buenos amigos !... He ahí el único momento de felicidad que he tenido al regresar a mi patria... ¡ El amor paternal nos hace ser egoístas ! Gloria, honores, riquezas..., ¡ qué vale todo eso comparado con un beso de nuestros hijos !

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Cuadro VI

El débil contra el fuerte

La misma decoración del tercer acto. Quinqué encendido.

ESCENA PRIMERA

ODETTE y CRISPÍN.

(Crispín permanece ante la mesa ocupado en cortar grandes rebanadas de pan, que mojará en un tazón de café con leche que tiene delante, las cuales comerá con avidez. Odette permanece sentada sobre el jergón que le sirve de cama y contempla al zapatero comer con ojos hambrientos; levantándose de pronto, venciendo su timidez y acercándose medrosamente a Crispín.)

ODETTE ¡Tengo hambre!

CRISPÍN (Sin dejar de comer.) ¿Tienes hambre? Tú, por lo visto, estarías comiendo todo el día. ¿Acaso no has comido esta mañana?

ODETTE Una rebanada de pan mojada con aceite que me dió Andres.

CRISPÍN ¿Te parece poco? ¡Yo, cuando tenía tu edad, ya me ganaba la vida..., y tú no sirves más que para comer y dormir! ¡Habrá que despabilarte! ¡El oficio no da para mantener gandules!

ODETTE ¿Por qué no me hace usted trabajar?

¿Acaso yo me opongo? Desde que estoy aquí aun no he salido una sola vez a la calle..., y me tiene usted como prisionera. ¡Déjeme usted salir... y yo me buscaré trabajo!

CRISPÍN Eso es lo que tú quisieras, ¿no es verdad?... Que te abriera la puerta para volar. ¡Vaya si es lista la chiquilla! ¡Pues por ahora no te queda otro remedio que continuar encerrada! Más adelante ya veremos.

ODETTE Entonces, ¿cómo quiere usted que trabaje sin salir?

CRISPÍN ¿Acaso no trabajo yo y no me muevo de casa? Aprende a cortar suelas, a clavetear... ¡Para eso no se necesita estar al aire libre!

ODETTE Ya sabe usted que el otro día quise hacerlo y me corté con la cuchilla. ¡Soy muy débil y me faltan las fuerzas!

CRISPÍN ¡Bonita excusa! ¡De ese modo se ahorra uno trabajar, y sigue comiendo la sopa boba! ¡Allá tú! Cuando te apriete el hambre no te andarás con remilgos.

ODETTE (Llorando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CRISPÍN ¡Eso es! ¡Ahora lagrimitas! A mí no me conmueves con tus jeremiadas...

ODETTE (Con la voz entrecortada.) ¡Déme usted un pedazo de pan, aunque sea duro! ¡Tenga usted lástima de mí!

CRISPÍN ¡Trabaja!

ODETTE ¿Pero no ve usted que tengo la mano mala y no puedo manejar la cuchilla?

CRISPÍN ¡Excusas!... ¡Yo no me dejo engatusar!

ODETTE ¡Dios mío..., dadme fuerzas! (Al ir a manejar la cuchilla con la mano vendada lanzará un grito de dolor.) No puedo, no puedo...

CRISPÍN ¡Vaya si es delicada la señorita! Cuando se tiene el cutis tan fino hay que dedicarse a marquesa. (En este momento entrará el Melindres; lleva en la mano un envoltorio, que procura esconder a las miradas de Crispín.)

ESCENA II

Dichos y MELINDRES.

MELIN. Buenas noches. Tome usted. (Entregando a Crispín un puñado de céntimos.) ¿Qué tiene la niña?... (Odette permanece llorando en un rincón; al oirle volverá la cara.)

CRISPÍN ¡Y a mí qué me cuentas!

MELIN. ¿Por qué llora? ¿Le ha pegado usted?

CRISPÍN No; pero aunque así fuera, ¿a ti qué te importa? ¡Ya me va cansando tanto interrogatorio! (Fijándose de pronto en el lío que Melindres lleva en la mano.) ¿Qué traes en ese lío?

MELIN. (Procurando ocultarlo.) Nada.

CRISPÍN ¿Nada... y lo escondes? (Acercándose.) ¡A ver..., a ver qué tesoro es ése que tratas de ocultar a mis miradas!

MELIN. ¿Qué interés tiene usted en saberlo?

CRISPÍN ¿Qué interés? Uno muy natural: ¡el de satisfacer mi curiosidad!... ¿No quieres dármelo?

MELIN. No insista usted.

CRISPÍN (Cogiendo a Melindres de un brazo y apoderándose del envoltorio.) ¡Cuidado si eres terco! ¡Contigo hay que acabar siempre por enseñarte las uñas! (Deshaciendo el lío y descubriendo una muñeca.) ¡Hola!... ¡Una muñeca de cartón! ¡Muy bien! (La niña se habrá acercado contemplando la muñeca con infantil alegría.) ¿En eso te gastas tú el dinero?... ¡Vaya con el Rotschild! ¡No sabía yo que fueras tan rico!

ODETTE ¡Qué bonita! ¡Qué bonita!

CRISPÍN (Dando un empujón a la niña.) ¡Apártate tú, holgazana!

MELIN. ¡Para ella la he comprado; entréguesela usted!

CRISPÍN ¿Que se la entregue?... Antes es menester que me digas tú de dónde has sacado el dinero para comprarla.

MELIN. De las propinas que me dan.

CRISPÍN ¡ Mentira ! ¡ Esa muñeca la has comprado con mi dinero ! ¿Crees tú que me caigo de un nido? ¡ A Dios gracias, tengo buena pupila !

MELIN. ¡ Eso no es verdad !... Yo le juro a usted que no es verdad. El dinero lo he ganado yo.

CRISPÍN ¿En qué quedamos : lo has ganado o te lo han dado? ¿Lo ves como tú mismo te descubres?

MELIN. ¡ El dinero era mío..., yo no soy ningún ladrón !

CRISPÍN Sabe Dios las veces que me habrás robado sin que yo me apercibiera.

MELIN. Me insulta usted porque sabe que soy débil y no puedo defenderme. ¡ Si fuera fuerte como usted no me insultaría !

CRISPÍN ¡ Eso sí..., de humos no te faltan ! ¡ Sabes que si quisiera podría aplastarte con el pie, y chillas más que una cotorra ! A fanfarrón y deslenguao no hay quien te gane.

MELIN. ¡ Oh, basta !... Devuélvame usted la muñeca.

CRISPÍN ¿La muñeca?... ¡ Tienes razón ! ¡ La señorita necesita entretenerse ! (Tirándola al suelo.) ¡ Tómala... y dásela para que no se aburra !

MELIN. (Recogiéndola del suelo.) ¡ Le ha roto usted una pierna !

CRISPÍN ¡ Qué lástima ! ¡ Tendrás que comprarle unas muletas ! (Dirigiéndose a la mesa y echándose un vaso de vino; luego lo apurará y volverá a llenarlo. Melindres, entretanto, entregará la muñeca a la niña; ésta la abrazará.)

ODETTE (A Melindres, por la muñeca.) ¡ Gracias, gracias ! (Crispín, apoderándose de la botella y el pan y dirigiéndose hacia la lateral izquierda, al Melindres.)

CRISPÍN No te olvides de despertarme mañana a las seis. ¡ Hay que trabajar..., ya que otros no lo hacen ! (Deteniéndose en el momento

de ir a franquear el dintel. Acercándose a la puerta y cerrándola con llave, guardando ésta en el bolsillo. Mirando a la niña, que continuará con la muñeca en brazos.) (¡ El pájaro podría levantar el vuelo !) (Acercándose luego al quinqué y apagando la luz.) ¡ Para dormir no hace falta luz ! (Luego desaparecerá por la lateral izquierda.)

ESCENA III

ODETTE y MELINDRES.

ODETTE ¿Se ha marchado? (En voz baja.)
MELIN. (Levantándose y acercándose a la lateral izquierda.) Sí.
ODETTE ¿Qué haces?
MELIN. Escuchar... Ahora se está acostando.
ODETTE ¡ Acércate..., no me dejes sola !
MELIN. Aguarda... (Después de una pausa.) Ya se acuesta. (Aproximándose a la mesa y encendiendo la luz.)
ODETTE ¡ Ten cuidado !
MELIN. No hay peligro... (Acercándose luego a la niña y abrazándola.) ¿Te gusta la muñeca?
ODETTE Sí..., pero por su culpa te han reñido..., y eso me sabe mal. Yo no quiero ocasionarte disgustos.
MELIN. ¡ Qué importa ! ¡ Lo principal es que tú estés contenta !
ODETTE (Contemplando a la muñeca.) Mírala..., parece que sonríe... ¿Qué nombre quieres que le ponga?
MELIN. ¡ El que tú quieras !
ODETTE Pues entonces la llamaré Lulú, como la otra. ¿Te gusta?
MELIN. Sí.
ODETTE (Pensativa.) Lulú...
MELIN. ¿En qué piensas?
ODETTE En nada.
MELIN. No quiero que estés triste... ¿Lo oyes?
ODETTE (Abrazándolo.) ¿Por qué había de estarlo?

¿No te tengo a ti? ¿No tengo a mi muñeca? (En este momento la niña sufrirá como un desvanecimiento.)

MELIN. ¡Te has puesto pálida!... ¿Qué tienes?

ODETTE ¡Nada!... ¡no te asustes!

MELIN. ¿No has cenado todavía?

ODETTE No.

MELIN. ¡Aguarda! (Dirigiéndose hacia el jergón y sacando de debajo una botella de leche y un pedazo de pan; dándole el pan a la niña.) ¡Toma!

ODETTE (Comiendo el pan con avidez.) ¡Gracias!

MELIN. ¡Pobrecita! ¡Tenías hambre!

ODETTE Sí.

MELIN. Y él... se ha negado a darte...

ODETTE Sí.

MELIN. ¡Infame! (Llenándole un vaso de leche y dándoselo para que beba.) ¡Ahora, bebe!

ODETTE (Con alegría.) ¿Leche?

MELIN. Sí.

ODETTE (Después de haber bebido.) ¡Qué buena es! ¡Cuánto tiempo hace que no la había probado!... Desde que estaba en el colegio... ¿Cómo has hecho para comprarla?

MELIN. (Dándose importancia.) ¡Es una sorpresa que quería darte!... Por esto no te había dicho nada. Ya verás..., es toda una historia. Esta mañana salí yo, como de costumbre, para ir a entregar el trabajo; iba yo triste y preocupado pensando de dónde sacaría el dinero para comprarte la muñeca que te había prometido..., porque aunque le he dicho a papá Crispín que yo tenía dinero, ¡no lo creas! El poco que tenía me lo había gastado estos días en comprar pan para ti.

ODETTE ¡Pobre Andrés!

MELIN. Cuando de pronto veo un remolino de gente que se dirige hacia donde yo estaba. Iban todos muy alegres enarbolando banderas y prorrumpiendo en gritos y aclamaciones. Sin saber cómo, me vi

arrastrado por la gente, y tan distraído estaba que no vi que entre el grupo venía un carruaje; ¡y al darme cuenta de ello, me encontré en medio de los caballos..., a punto de ser pisoteado!

DETTE ¡Oh, Dios mío!

[ELIN. Entonces di un grito y el cochero aun tuvo tiempo para tirar de la rienda y detener a los caballos. Cuando me repuse del susto, oí que una voz me preguntaba si me había hecho daño... Era el caballero que, junto con otros, vestidos de uniforme, ocupaba el carruaje, y al cual vitoreaba la gente. Yo le respondí que no, y entonces él me entregó una moneda de cinco francos. Y ahí tienes explicado el porqué he podido comprarte la muñeca.

DETTE ¡Vaya un susto que te llevarías!

[ELIN. ¡Oh, sí..., muy grande...; pero después le di gracias a Dios por haberme proporcionado los medios de verte contenta!

DETTE ¡Qué bueno que eres, qué bueno! (Después de una pausa.) ¿Y el caballero vestido de uniforme, no pudiste averiguar quién era?

[ELIN. Si. Luego se lo pregunté a un transeunte. Me dijo que era un capitán que regresaba victorioso de la guerra..., ¡y por eso lo vitoreaban.

DETTE ¿Un capitán?... ¡Como papá! Pero a él lo mataron, y no lo volveré a ver más.

[ELIN. ¡No te vuelvas a poner triste! ¿Quieres creerme?... acuéstate ya, necesitas descansar.

DETTE (Echándose vestida sobre la cama.) ¿Y tú, no te acuestas?

[ELIN. Luego..., cuando estés dormida.

DETTE Dame la muñeca.

[ELIN. ¡Toma! (Haciendo lo que se indica.)

DETTE (Colocando la muñeca a su lado.) Ven acá, Lulú... Hay que ser buena muchacha... ¿lo oyes?... o sino me enfadaría. (Tapán-

dola.) Así, para que no tengas frío... Y ahora, a dormir. (Abrazando al Melindres.) ¡Cuánto te quiero!

MELIN. ¡Y yo a ti...; más de lo que te figuras! (La niña se irá quedando poco a poco dormida. El Melindres, que habrá permanecido con la mano de Odette entre las suyas, se levantará entonces, y apoderándose del pan que la niña habrá dejado, lo comerá con avidez. En este momento llamarán a la puerta. Melindres, al oir llamar, apagará la luz, y se echará en el jergón, al lado de la niña, aparentando que duerme.)

ESCENA IV

Dichos. CRISPÍN y PABLO EL USURERO.

PABLO (Desde fuera.) ¡Abrid! ¡Soy yo!

CRISPÍN (Desde dentro.) ¡Ya va! (Saliendo por la lateral izquierda y dirigiéndose a abrir la puerta.). ¿Eres tú, Pablo?

PABLO Sí.

CRISPÍN (Abriendo la puerta.) Entra. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

PABLO (Sentándose junto a la mesa, y dirigiendo una mirada al jergón donde descansa la niña.) Vaya si es tarde. Las nueve de la noche. ¡Por lo visto os acostáis como las gallinas!

CRISPÍN Es que uno está cansado de trabajar todo el día.

PABLO (Con sorna.) Sí..., comprendido. (Señalando a la niña.) ¿Duerme?

CRISPÍN Sí.

PABLO ¿Qué tal se ha portado estos días?

CRISPÍN Bien. Al principio le dió por llorar, pero después ha acabao por acostumbrarse... y ahora está más suave que un guante. (Acercándose.) ¿Hay novedades?

PABLO (Después de una pausa.) Sí. Ha llegado el momento de sacarle tajada al negocio.

CRISPÍN ¿Qué quieres decir?

PABLO ¿Estás seguro de que nadie puede oirnos?

CRISPÍN Seguro.

PABLO (Señalando al Melindres.) ¿Y el gachó ese?

CRISPÍN No hay cuidao... ¡Duerme como un tronco! Suelta ya la *sin hueso...*, que me tienes sobre brasas.

PABLO Pues bien... ¡Acabo de encontrar al padre de la niña!

CRISPÍN ¿Verdad?

PABLO ¡Como lo digo...; y se trata nada menos de un personaje muy encumbrao! (El Melindres, al oir esto, levantará la cabeza para oir mejor, sin que los dos interlocutores se aperciban.)

CRISPÍN (Radiante.) ¿Sabes cómo se llama?

PABLO Sí..., pero el nombre me lo reservo por ahora. En los negocios hay que andar con mucha prudencia.

CRISPÍN ¿Tienes miedo de que yo te usurpe el puesto?

PABLO No..., pero cada cual sigue su sistema... y yo no me separo del mío. Ninguna necesidad hay de proclamar el nombre.

CRISPÍN Guárdatelo en el buche, ¿a mí qué? Con tal de que se me pague mi trabajo... ya me doy por contento.

PABLO En cuanto a eso, sí, y largamente...; ¡y sin más tardar, porque el asunto marcha al vapor!

CRISPÍN ¿De veras?... ¿Y crees tú... que el otro aflojará los cordones? ...

PABLO Hago más que creerlo... ¡Tengo la seguridad... y por eso he venido!

CRISPÍN Explícate.

PABLO Esta noche, a las diez, me he de ver con el interfecto, ¿comprendes?... y, como es natural, el hombre querrá que le devuelva a la niña...

CRISPÍN ¡Naturalmente!

PABLO ¡Yo, una vez haya cobrado mis honorarios, para qué quiero a la muchacha! Así es que ha llegado el momento de devolver la paloma a su nido.

CRISPÍN ¿Y vienes ahora por ella?

PABLO Sí.

CRISPÍN (Quedando un momento pensativo.) Sí que has esperado tarde.

PABLO Por el día tuve mucho qué hacer... y luego ¡qué más da una hora que otra! (Fijándose en la actitud recelosa de Crispín.) ¡Se me antoja que recelas algo!... ¿Acaso te has figurao que trato de dártela con queso?

CRISPÍN Es que la niña lleva ya aquí algunos días, y la manutención corre. ¡Tú no sabes lo que come la muchacha! ¡Tiene un estómago que no se cansa nunca de engullir..., y yo llevo hechos ya muchos gastos!... ¡Uno es pobre... y no es justo que me quede luego pegado a la pared!

PABLO ¡Vaya si eres desconfiao! Para que veas que no es filfa. (Abriendo la cartera y entregándole un billete de cien francos.) Ahí va ese billete..., y ya es el segundo que te llevo dado... ¿Crees tú que si yo no viera claro en el asunto, iba a desprenderme así como así de esos *cartelones?*

CRISPÍN (Guardándose el billete.) Yo no quise decir que desconfiara..., y me sabría mal que...

PABLO Bueno, bueno...; despierta a la muchacha... y despachemos... La ocasión la pintan calva.

CRISPÍN De todos modos, si el negocio va bien, supongo que no parará esto aquí.

PABLO ¡No, hombre, no... descuida!

CRISPÍN (Acercándose a la cama donde descansan los niños; sacudiendo al Melindres por el brazo.) ¡Levántate..., ya volverás a echarte después!

ESCENA V

Dichos. ODETTE y MELINDRES.

MELIN. (Restregándose los ojos, como si hubiese dormido.) ¿Qué ocurre?

CRISPÍN ¡Ya lo sabrás luego! ¡Despierta a la *mocosa*!

MELIN. ¿A estas horas?

PABLO (Irónico.) ¿Te parece tarde?

MELIN. No; pero hace poco que se acostó, y está todavía en el primer sueño.

PABLO Pues mira..., en el primero o en el segundo, preciso es que se despierte.

CRISPÍN ¿Lo haces tú, o lo hago yo? (Cogiendo la correa y aciendo ademán de ir a despertarla.)

MELIN. (Corriendo hacia la niña y sacudiéndola por un brazo suavemente.) ¡No, no!... ¡Odette! ¡Odette!... (La niña abrirá los ojos medio dormida, y al ver a los dos miserables los cerrará de nuevo, llena de miedo.)

PABLO ¡Vamos, abre ya esos quinqués! ¿Sabes que me parece que ha enflaquecido?

ODETTE ¿Qué quieren de mí?... (Abrazándose al Melindres.) ¿Por qué ha vuelto ese hombre? ¡Me mira como si quisiera comérseme con los ojos!... ¡Tengo miedo!

MELIN. ¡No tiembles..., yo te defenderé!

PABLO Levántate ya, y disponte a seguirme.

ODETTE ¡No, no...; yo no quiero ir con él!... ¡Yo no quiero separarme de ti!

PABLO ¿Conque ésas tenemos?... (Acercándose a ella.) ¿Por qué no quieres venir conmigo? ¿Tienes miedo, acaso, de que te pegue? No tengas cuidado. Yo te prometo que si eres buena y obediente, no te pesará el haberme seguido.

ODETTE (Más conformada y señalando al Melindres.) ¿Y él, vendrá también con nosotros?

PABLO ¡El, no! El tiene que quedarse a hacer compañía a papá Crispín, que es viejo y necesita de sus cuidados. Vamos, despacha...; el tiempo pasa, y no debemos entretenernos.

ODETTE (Sin soltar al Melindres, que la tiene estrechamente abrazada.) ¡No, no..., yo quiero quedarme con él! ¡Si es preciso trabajar ya trabajaré..., ya haré todo lo que se me mande!

PABLO ¡Vaya si eres terca!... ¿Y si te digo que viniendo conmigo volverás a ver a tu

papá..., que es para llevarte con él, por lo que quiero que me sigas..., te resistirás aún?

ODETTE ¡Esto no es verdad! ¡Usted miente! ¡Mi papá ha muerto..., mi papá está en el cielo!

PABLO ¡Concluyamos! Puesto que por las buenas no quieres obedecerme, preciso será que lo hagas por las malas. (Dando un empujón al Melindres.) ¡Suéltala ya..., bastantes contemplaciones he tenido!

MELIN. ¡Oh, no..., no conseguirá usted que me separe de ella. Ella es todo mi bien sobre la tierra, y ella ha sido la única que se ha mostrado buena y cariñosa conmigo..., y cuando los demás me despreciaban y me maltrataban se ha compadecido de mí y me ha consolado. Calcule usted si la querré. ¿Y ahora quiere usted quitármela tal vez para siempre, para hacerla aún más desgraciada de lo que es? ¡No..., eso no lo hará usted...; sería preciso que no tuviera entrañas! (Arrojándose a los pies de Pablo, que lo contempla sonriente.) ¡Yo se lo suplico a usted por lo que más quiera en este mundo! ¡No se la lleve usted, no se la lleve!... ¡Si ella me abandonara, me moriría!

PABLO Muy bien... (A Crispín, que durante este tiempo habrá permanecido junto a la mesa, llenando de vino los vasos.) ¿Qué te parece? ¡El gachó se explica como un abogao! ¿Sabes que si te hubieras dedicado al foro, hubieras salido una lumbrera? ¡Lástima que seas tan esgalichao y tan enclenque..., que en tocante a elocuencia, ni el mismo Cicerón!

MELIN. ¡No se burle usted!

CRISPÍN ¡No le hagas caso! A éste le ha dado una pasión fulminante por la melindrosa ésa... y necesita que le den una ducha para refrescarle la sangre...

PABLO Pues para calmar esas fogosidades no hay como la zarzaparrilla, ¿me entiendes? Conque así, lo mejor que puedes hacer es comprarte un frasco. (Cogiéndole de un brazo y arrojándole brutalmente contra la pared.)

MELIN. ¡Miserable!

ODETTE (Extendiendo los brazos hácia él.) ¡Andrés!... ¡Andrés!... (El Melindres hará ademán de correr hacia ella.)

CRISPÍN (Interceptándole el paso.) ¡Alto ahí!... (Arrojando a Pablo una manta que habrá sobre una silla.) Toma esa manta... y envuelve con ella a la chiquilla de manera que no escandalice...

PABLO (Apoderándose de la manta.) Tienes razón..., así concluiremos más pronto.

ODETTE (Pugnando por desasirse de las manos de Pablo.) ¡Socorro!... ¡Socorro!...

PABLO ¡Vaya un modo de alborotar!... ¡Ni que fueran a llevarte al patíbulo! Suerte que yo tengo un juguete que para hacer callar a los revoltosos se pinta solo. (Sacando un puñal y haciéndolo relucir ante los ojos asustados de la niña.) ¿Qué te parece?... Como vuelvas a dar otro chillido... él se encargará de hacerte callar en el acto.

MELIN. ¡Suélteme usted, suélteme!... (Tratando de desasirse de Crispín, que lo tiene sujeto por las muñecas.)

PABLO (Envolviendo a la niña con la manta, sin que aquella, aterrorizada, oponga resistencia.) Parece que se te han calmado ya aquellos bríos... (Levantando a la niña en brazos. Al intentar colocar el puñal en la faja, aquél se le caerá al suelo.) Ahora, en marcha. (Al pasar por delante del Melindres, éste logrará desprenderse de los brazos de Crispín y se colocará ante la puerta del foro, interceptando el paso.)

MELIN. No..., no se la llevará usted... Primero tendrá que pasar por encima de mí.

PABLO Apártalo, Crispín... ; el maldito va a hacer que se entere la vecindad.

CRISPÍN (Cogiendo al Melindres de un brazo, y a pesar de la resistencia de aquél, apartándolo de la puerta.) ¡ Cómo vuelvas a chistar, te estrangulo ! (Pablo, entretanto, desaparecerá con la niña.)

ODETTE (Desde fuera, gritando.) ¡ Andrés !... ¡ Andrés !...

MELIN. (Adelantando, enloquecido, hacia la puerta, ante la cual se habrá colocado Crispín defendiéndola.) ¡ Se la lleva !... ¡ Apártese usted !... ¡ Apártese !

CRISPÍN ¿ Estás loco?

MELIN. ¡ Sí..., estoy loco ! ¡ Déjeme usted pasar, o no respondo de mí !

CRISPÍN (Con sorna.) ¿ Y qué harás si no te obedezco?... ¡ Me gustaría verlo !

MELIN. ¡ Mire usted que estoy desesperado..., y la misma desesperación me dará fuerzas ! Ahora... ya no soy el mismo de antes..., el ser débil y enclenque que usted gobernaba a su antojo y a quien llenaba de golpes... ¡ Siento que la sangre hierve en mis venas, y un volcán arde en mi cabeza ! ¡ Apártese, le digo, o haré yo mismo que me obedezca !

CRISPÍN ¡ Insensato !

MELIN. (Fijándose de repente en el puñal que Pablo habrá dejado caer al suelo.) ¡ Ah !... ¡ Dios me lo envía ! (Agachándose a cogerlo.) ¿ No quiere usted apartarse?

CRISPÍN No.

MELIN. (Arrojándose sobre Crispín y clavándole el puñal en el corazón.) ¡ Pues bien, le apartaré yo ! (Crispín caerá al suelo sin lanzar un grito. Melindres, abriendo la puerta, al tiempo de ir a franquear el umbral.) Y ahora..., ¡ que Dios me proteja !

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Cuadro VII

La guarida de los apaches

Interior de un figón o taberna. Ocupando el testero de pared comprendido entre la puerta de entrada, foro, y el ángulo de la izquierda, el mostrador, servido pobremente. En primer término derecha del actor, una mesa de madera, rodeada de algunas sillas de enea. En el lado opuesto, un velador de mármol y dos sillas. Un quinqué colgado del techo ilumina la habitación. A derecha e izquierda, puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

EL LAGARTIJA, EL GREÑAS, CAMILA y TABERNERO.

GREÑAS (Acodado sobre la mesa, mientras despacha un vaso de vino.) ¿Y crees tú que todo eso del cuento de la niña no va a resultar pan mojao? A mí me da mala espina que tarde tanto Pablo el Usurero.

LAGARTIJA (Consultando el reloj.) El nos ha citao aquí para las diez, y aun faltan cinco minutos para la hora justa. Conque, no hay por qué desconfiar, y en lo tocante a lo de la niña... yo puedo dar fe de que es verdad, porque fuí parte interesada en el asunto.

GREÑAS ¿Y tú crees que el padre va a aflojar la mosca?

LAGARTIJA Esto es ya harina de otro costal. Pero según el usurero, el individuo va a venir aquí a hacer entrega de los monises.

GREÑAS ¿Y tú crees que se expondrá a venir solo y a meterse en la boca del lobo? ¿Sabes que no las tengo todas conmigo, y me temo que nos vaya a hacer alguna jugarreta? Si diera aviso a la policía...

LAGARTIJA No tengas miedo..., no lo hará, porque sabe que, caso de hacerlo, su hija sería la víctima.

GREÑAS Yo, por lo que pueda ocurrir, ya he venido prevenido. (Sacando un puñal y haciendo jugar el resorte.) Con esta bicoca encima se halla uno más en su centro.

CAMILA ¡Guárdate eso para otra ocasión, que aquí no va a hacer falta! Pablo me ha prometido que no se derramaría ni una sola gota de sangre, y no es menester llamar al mal tiempo, como tú lo haces.

GREÑAS ¿Qué..., te da escalofríos la vista de la sangre? ¡mi reina!

CAMILA Sí... ¿para qué ocultarlo? ¿Acaso te figuras que soy como tú, que por un quítame allá esas pajas escabechas a un hombre?

GREÑAS ¡Y qué quieres hacerle si he nacido sanguinario! Yo, cuando me paso una semana sin asestar un golpe ya me parece que me falta algo. ¡Es como otro vicio cualquiera! Hay quien disfruta bebiéndose una botella de coñac, o requebrando a una buena hembra... A mí me da más gusto cuando suelto un golpe... de esos que me han acreditao entre la gente del bronce... en los que la víctima cae sin dar un chillido patas arriba lo mismo que un carnero degollao.. ¡Entonces es cuando se muestra el arte y la habilidad! ¡Si yo tuviera una lista con los nombres de

los que he despachao para el otro mundo, no había tiempo en una hora para leerla de arriba a bajo!

CAMILA ¿Y aun te alabas?

GREÑAS ¿Qué quieres hacerle? Todo el mundo tiene sus miajas de amor propio, y cuando se presenta la ocasión, uno recuerda con gusto sus hazañas.

CAMILA (Con horror, mirándole las manos, como si temiera verlas manchadas de sangre.) ¡Vaya si eres atroz!

GREÑAS ¿Por qué me miras las manos? (Mostrándoselas.) Cualquiera diría que tienes miedo de ver sangre en ellas. No tengas cuidao. Hace más de quince días que llevo ya sin trabajar, y se hallan limpias y finas como las de un señorito. Si esta calma dura mucho tiempo, voy a perder la costumbre de servirme de la navaja... ¡y la pobrecilla va a criar moho en la hoja!... ¡Por eso es menester que esto se anime..., porque a mí me conviene hacer ejercicio!

CAMILA ¡Me das horror! Yo creo que en vez de hombre eres una fiera.

GREÑAS ¡Puede!... ¡y, por lo que pueda ser, no te arrimes demasiado, que podría darte un zarpazo! (Camila se aparta con horror.)

LAGARTIJA ¡Déjala!... Las mujeres no entienden de esas cosas, y no es menester perder el tiempo en inútil palabrería! (Señalando el reloj.) Mira..., las diez y cinco... ¡Ya se ha retrasao cinco minutos!

CAMILA No tengáis miedo, que no faltará. Pablo es hombre de palabra, y cuando promete una cosa la cumple. A mí me ha prometido, si se arregla el negocio, comprarme un traje de seda y un gorro con plumero de los que se estilan ahora, y estoy segura de que me los compra.

LAGARTIJA Cuidado si vas a ir maja, con todo este aparato. Ya estoy viendo que va a ser

preciso darte el tratamiento de excelencia y saludarte hasta el suelo.

CAMILA ¡Búrlate cuanto quieras! Tú no serás nunca capaz de hacer semejantes regalos a una mujer.

LAGARTIJA No. Yo, cuando me veo demasiado acorralao, sé escurrir el bulto sin soltar prenda. ¡Por algo me llaman Lagartija!

CAMILA Tú lo que eres es un *lipendi*. Pero, afortunadamente no todos son como tú.

GREÑAS (Irónico.) ¡Tu Pablo, pongo por caso!

CAMILA ¡Y a mucha honra!

GREÑAS ¿Y de dónde vas a sacar tú eso?

CAMILA ¿El qué?

GREÑAS ¡La honra!

CAMILA ¡Vaya si tienes gracia! Si cuando requiebras a una mujer no sabes soltarle más que esos piropos, se va a quedar la pobre ilusioná para toda su vida.

TABERNE. (Entreabriendo la puerta.) ¡Ahí viene Pablo con la niña!

GREÑAS ¡Gracias a Dios, ya era hora!

ESCENA II

Dichos. PABLO y ODETTE.

TABERNE. (Pasando primero él y abriendo la puerta a Pablo.) ¡Entra!

PABLO ¡Buenas noches!

LAGARTIJA ¿Traes el lastre?

PABLO Sí. (Señalando a la niña, que se habrá dormido.) Ahí viene dormida!

CAMILA (Acercándose a la niña y contemplándola.) ¡Qué linda es!

PABLO (Entregándole la niña.) Déjate ahora de lindezas y carga con ella, cuidando de que no se despierte.

CAMILA (Recibiendo a la niña en sus brazos.) ¿Quieres decir que se halla dormida? ¡Yo más bien creo que está desmayada!

PABLO Es igual. Cuando convenga ya haremos que vuelva en sí. Por ahora vale más que no gruña. (A Camila.) ¡ Vamos, ahueca ! Cuando sea menester ya te llamaremos... ¡ y no te separes de ella para nada ! (Camila sale con la niña por la lateral izquierda.)

ESCENA III

Dichos menos Camila y Odette.

GREÑAS (Echándole a Pablo un vaso de vino.) Bebe... debes estar cansao.

PABLO (Apurando el vaso.) Tú dirás..., con ese fardo en brazos un cuarto de hora...

LAGARTIJA ¿No te ha seguido nadie?

PABLO No... ¡ El lugar es muy apartao... y no hay quien se exponga a circular a horas tan avanzadas !

GREÑAS (Enseñándole el puñal.) ¿Qué?... ¿Van a ser precisos mis servicios?

PABLO No. El hombre firmará el cheque, sin necesidad de recurrir a tales medios. Cuando vea a la niña y se convenza de que no le hemos engañao, se allanará a todo.

GREÑAS ¡ Lástima !... ¡ A mí que me convenía entrar un poco en calor ! ¡ Otra vez será ! ¿qué le haremos?

LAGARTIJA ¿Le has encargao que traiga el talonario de cheques?

PABLO Por supuesto... ¿Acaso soy algún primo? (En este momento la puerta del foro se entreabrirá, y la cabeza del Melindres aparecerá por ella, volviendo a cerrar en seguida. Los cuatro hombres, engolfados en la conversación, no verán nada.)

GREÑAS Y en cuanto a la parte que nos corresponde, supongo que se nos hará efectiva dentro de las veinticuatro horas. ¡ Esa es una condición que es preciso dejar bien sentada ! A mí me gusta llevar las cosas con claridad.

PABLO No tengas miedo. Ya sabéis que aunque me apode el Usurero, no me gusta gananciar a costa de los amigos. Tan pronto como yo cobre, cobraréis. Ahora, lo que hace falta es tener *pupila*... y no olvidarse de las instrucciones que os he dado.

LAGARTIJA Descuida. (En este momento se oirá un silbido prolongado.)

PABLO Ya está ahí. (A los demás, que se habrán levantado.) ¡ Serenidad y diplomacia !

TABERNE. (Que habrá corrido a la puerta.) Ahí viene el Tarugo con el individuo.

PABLO ¡ Que pase !... Le haremos los honores que se merece.

ESCENA IV

Dichos. CAPITÁN D'AVIGNI, TARUGO.

TARUGO (Desde la puerta inclinándose ante el capitán.) ¡ Pase usted, señor capitán !... He ahí a los amigos, que le esperan a usted. (Capitán. con las manos en los bolsillos y lanzando a su alrededor miradas de desconfianza.)

CAPITÁN Buenas noches. (Tarugo, a una seña de Pablo, desaparecerá por el foro.)

PABLO Sea usted bien venido, señor capitán..., y permítame usted que le presente a estos amigos... (Señalando al Lagartija.) Este que ve usted se apoda el Lagartija... (El Lagartija se inclinará ridículamente delante del capitán.) Un buen muchacho cuando no está de mala luna, y sobre todo cuando el negocio marcha bien. (Haciendo un gesto de apoderarse de algo.) Su especialidad son los monederos y los relojes. Tiene pára ello tal ligereza, y lo hace con tanta gracia, que no posee rival. ¡ Usted mismo, si la casualidad le interpone algún día en su camino, no podrá menos de reconocerlo y de ala-

bar su maestría! (Señalando al Greñas.) Este otro, conocido por el Greñas, ya pica más alto..., y se dedica al negocio al por mayor. Su habilidad estriba en los golpes hondos, llamados de remate. (Haciendo ademán de clavar un cuchillo.) Para ello demuestra poseer raras aptitudes, y goza fama de valiente y temerario. Como usted ve..., los dos son personas de alta consideración y respeto, y dignos por todos conceptos de su estimación.

GREÑAS Y si al señor capitán le son necesarios nuestros servicios ya sabe que puede disponer incondicionalmente de nosotros.

CAPITÁN (Con sequedad, sin intimidarse.) ¡Basta!... ¡No he venido para gastar el tiempo en palabras innecesarias! (Por Pablo.) Usted me ha prometido entregarme a mi hija, y por ella vengo.

PABLO Y dispuesto me hallo a entregársela.

CAPITÁN ¿Dónde está?

PABLO (Señalando la lateral derecha.) Allí, encerrada en aquella habitación, esperando impaciente el momento de arrojarse en sus brazos. (El capitán, que se habrá sentado, se levantará entonces, haciendo ademán de dirigirse a la puerta indicada. Pablo, junto con los tres compinches, le cerrará el paso.)

PABLO (Con exagerada finura.) ¡Todavía no, señor capitán, todavía no! Siento tener que hacerle aguardar..., pero antes ya sabe usted que es preciso llenar una pequeña formalidad. Supongo que no se habrá usted olvidado del talonario de cheques.

CAPITÁN ¡Y bien..., concluyamos! (Sacando el talonario del bolsillo y depositándolo sobre la mesa; los tres bandidos se acercarán, contemplando el talonario con ojos codiciosos.)

PABLO (Apoderándose de encima del mostrador de tintero y pluma y depositándolo sobre la mesa.) Ahí tiene usted, señor capitán, los adminículos necesarios, y perdone usted esa

fórmula sin importancia. *(El capitán, que durante todo este tiempo habrá sostenido con la mano derecha una pistola, la abandonará sobre la mesa para firmar; el Lagartija se deslizará entonces por detrás de la mesa y adelantará el brazo por encima del hombro del capitán para apoderarse del arma, pero aquél, que iba a firmar el cheque, se apercibirá de la acción y colocará la mano sobre el revólver. El Lagartija, haciéndose el distraído, se alejará chupando su cigarro.)* Supongo que no se habrá usted olvidado de la cantidad.

Capitán Cincuenta mil francos, ¿no es eso?

Pablo Perfectamente; veo que tiene usted memoria. *(Capitán, disponiéndose a firmar el cheque; al ir a poner la firma se detendrá, como asaltado de una duda.)*

Capitán ¿Y quién me asegura que después de firmar el cheque cumplirá usted su palabra?

Pablo ¿No tiene usted confianza?

Capitán Las amistades de usted no son para inspirarla a nadie.

Pablo Voy a desvanecer sus dudas en el acto. *(Al tabernero, que permanece junto a la puerta del foro.)* Díle a Camila que salga con la niña..., pero sin moverse del umbral de esta puerta. Ahora verá usted a su hija. *(Al Greñas y al Lagartija.)* (Mucho ojo... y tratad de cerrarle el paso.)

Lagartija Descuida.

ESCENA V

Dichos. ODETTE y CAMILA. Pablo, señalando a la niña, a quien Camila llevará de la mano.

Pablo Ahí tiene usted a la niña... ¡Ya ve usted como no intento darle gato por liebre! *(Odette, al reconocer a su padre, loca de alegría, tenderá hacia él sus brazos, pero Camila tirará de ella, obligándola a retroceder.)*

Odette ¡Papá!... ¡Papá! *(Capitán, avanzando un paso*

hacia ella, pero al intentar avanzar otro, el Greñas y el Lagartija lo cogerán cada uno de un brazo, obligándole a retroceder. Pablo le mete mano al bolsillo y se apodera de su revólver.)

CAPITÁN ¡Hija mía! ¡Hija mía! (Debatiéndose.) ¡Soltadme, soltadme!...

PABLO Antes es menester que nos firme usted el cheque.

CAPITÁN ¡Oh, sí..., todo lo que queráis!

ODETTE ¡Papá, papá..., llévame contigo!

PABLO (A Camila.) Retírate ya..., y cuidado con soltarla.

ODETTE (Pugnando por desasirse de Camila.) No, no..., ¡yo quiero ir con mi papá!... ¡Yo quiero ir con mi papá!

PABLO (A Camila.) (¡Tápale la boca para que no chille!) (Camila se retirará con la niña, haciendo lo que Pablo le indica.)

CAPITÁN ¡Una pluma!... Pronto, y devolvedme a mi hija.

ESCENA VI

Dichos menos Odette y Camila.

PABLO (Presentándole la pluma al capitán.) Ahí tiene usted la pluma, señor capitán, y no se olvide usted de poner la cantidad en letras bien gordas.

CAPITÁN (Después de haber firmado, alargando el cheque a Pablo.) ¡Tome usted!

PABLO (Después de haber leído.) Muy bien; tiene usted un hermoso carácter de letra. (Guardándose el cheque.)

CAPITÁN ¡Mi hija! ¡Mi hija!...

PABLO (Con mucha calma.) ¡Cuidado que es usted impetuoso! ¿No es verdad, compañeros, que el señor capitán tiene un genio muy vivo?

GREÑAS Es una pólvora.

CAPITÁN ¿Qué aguarda usted ahora?... ¿No le he

entregado a usted el cheque? ¿Por qué, pues, no me devuelve a mi hija?

PABLO Paciencia..., que todo se andará. (Capitán, echando mano al bolsillo para apoderarse del revólver.)

CAPITÁN Si no me la devuelve usted en el acto... (Al apercibirse de que se lo han quitado hará un gesto de desesperación.)

PABLO (Enseñándole el revólver.) No se moleste usted en buscarlo. Esta arma en sus manos constituía un grave peligro, y por esto me he apresurado a desembarazarlo de ella. Podía darle a usted la ocurrencia de probarla con alguno de nosotros..., y yo no quiero que por mi culpa lleve usted ningún crimen en su conciencia. Aun tendría usted que darme las gracias por haberle evitado este remordimiento.

CAPITÁN ¿Qué quieren ustedes ahora?

PABLO Se trata de una insignificancia..., y ahora que se halla usted dispuesto..., lo mismo le será poner una firma que poner dos. ¡Como usted puede comprender, cincuenta mil francos repartidos entre cuatro resultan una miseria para cada uno..., y como a nosotros no nos gusta trabajar de balde, será menester que duplique usted la cantidad.

CAPITÁN ¡Miserable!

GREÑAS ¡Los tiempos están muy malos, señor capitán, y cuando cae algún negocio hay que aprovecharlo! Nosotros no tenemos la culpa de que todo se haya encarecido... y de que lo que antes se cobraba uno hoy se cobre dos.

CAPITÁN Estoy en vuestro poder... y no tengo más remedio que someterme. (Sentándose ante la mesa y firmando otro cheque; arrancando luego el talón y entregándoselo a Pablo.) ¡Tomad! (Pablo va para coger el cheque, pero Lagartija, más listo, se apodera de él y se lo guarda en el bolsillo.)

LAGARTIJA Dispensa..., pero cuanto más amigos más claros.

GREÑAS (Acercándose al Lagartija.) De este *cacao* me corresponde a mí la mitad. ¿Estamos?
LAGARTIJA ¡Se sobreentiende!
GREÑAS (Metiendo mano a la navaja.) Es que como te descuides... (Haciendo ademán de cortar el cuello.)
LAGARTIJA ¡No hay peligro!
CAPITÁN (Guardándose el talonario.) Y ahora, ¿me entregará usted a mi hija?
PABLO ¡Quién lo duda! Ya debe estar usted impaciente por estrecharla contra su corazón. (Acercándose al Lagartija y al Greñas.) ¡Mucho cuidado! Así que veáis que se adelanta hacia la puerta...
LAGARTIJA ¡Comprendido!
CAPITÁN (Levantándose impaciente.) ¿A qué espera usted?
PABLO (Avanzando hacia la puerta). ¡Ahora mismo voy a llamarla! ¡Ha llegado el momento de cumplirle a usted mi palabra! (En este momento el Greñas y el Lagartija, provistos de unas cuerdas que habrán recogido de un rincón, se arrojarán por la espalda al capitán, obligándole a caer en la silla y atándole de pies y manos.)
CAPITÁN ¡Ah, bandidos! ¡A mí..., socorro!
PABLO Tapadle la boca con un pañuelo. (El Lagartija hará lo que se indica.) ¡Así, para que no alborote! (Asegurándose de que las cuerdas se hallan bien amarradas.) ¿Ya está bien amarrado?...
GREÑAS Eso ni se pregunta. Tú podrás enseñarme a mí de freir espárragos, pero en cuanto a amarrar fuerte y bien te quedas tú en pañales. (Sacándose la navaja y haciendo ademán de ir a clavársela al capitán.) Ahora sólo falta, para que la fiesta sea completa, darle el golpe de gracia.
PABLO (Sujetándole el brazo.) ¡Detente! ¿Para qué derramar sangre inútil?
GREÑAS Así no le quedarían ganas de *cantar*. (Levantando de nuevo el brazo.) Resulta tan sencillo...

PABLO ¡Tú, si no olfateas sangre ya no estás contento!

GREÑAS ¡Es que me aturde! Hay quien se emborracha de vino...; yo me emborracharía de sangre.

PABLO Calla. (Quitándose el sombrero y saludando irónicamente al capitán.) Señor capitán, perdone usted si nos hemos visto obligados a emplear tales procedimientos, pero la seguridad del negocio lo exige. Podía ocurrírsele a usted dar aviso a la policía..., y al ir a cobrar los cheques ésta, que no peca de cortés, amarrarnos como usted se halla en este momento. Esto, como usted comprenderá, hubiera resultado bastante desagradable. Mañana, cuando tengamos el dinero en el bolsillo, nos apresuraremos a librarle a usted de sus ligaduras, deseándole toda suerte de felicidades.

LAGARTIJA (Saludando al capitán con sorna.) ¡A sus órdenes, señor capitán!...

GREÑAS (Saludando y colocándose la navaja en el cinto.) ¡Lástima que no hayamos podido trabar más hondo conocimiento! Estoy seguro que hubiera usted quedado satisfecho de mis servicios. (Golpeando sobre la navaja. En este momento el tabernero, que habrá permanecido en la calle vigilando, entrará desaforado.)

ESCENA VII

Dichos. TABERNERO, CAMILA.

TABERNE. ¡La policía! ¡La policía! (Téngase presente que el capitán permanecerá de cara al público, y, por consiguiente, de espaldas a la puerta de la habitación donde se halla encerrada la niña. En la escena se producirá un gran tumulto. Pablo, entrando rápidamente en el cuarto donde permanece la niña.)

PABLO ¡Maldición! (Vase. Casi instantáneamente volverá

a salir con la niña en brazos, la que llevará un pañuelo atado a la boca, desapareciendo con ella por la lateral derecha.)

GREÑAS (Dirigiéndose hacia la puerta del foro.) ¡ Corramos, corramos !

TABERNE. ¡ Deteneos !... Si os ven salir por aquí se os echarán encima al momento.

GREÑAS ¿ Entonces cómo escapar?... (Señalando la puerta por donde ha desaparecido Pablo.) ¿ No hay ninguna salida por este lado?

TABERNE. ¡ No hay más salida que la que da a la calle !

LAGARTIJA ¡ Estamos perdidos !

CAMILA ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

LAGARTIJA (Dirigiéndose hacia la puerta.) ¡ Probemos !... Vale más salirles al encuentro... que no dejarnos coger aquí como ratones.

GREÑAS ¡ Tienes razón ! ¡ Vamos ! (En el momento en que irán para abrir la puerta del foro aparecerá el Melindres seguido de los agentes; éstos se echarán encima de los tres miserables y de Camila, maniatándolos.)

ESCENA VIII

Dichos. MENLINDRES, COMISARIO y policías.

MELIN. (Abriendo la puerta del foro.) ¡ Por aquí, señor comisario ! (Al ver al capitán correrá hacia él, desatándole de sus ligaduras.)

COMISAR. ¡ Armas al suelo !

MELIN. ¡ Ah, miserables !

COMISAR. (A los agentes, señalando a los cuatro detenidos.) ¡ Llevadlos !

GREÑAS Lo que es esta vez no me libro de la guillotina ! (Mutis.)

ESCENA IX

Dichos. Después, PABLO y ODETTE.

CAPITÁN (Estrechando las manos del Melindres.) ¡ Gracias ! ¡ Gracias ! (Levantándose.) ¡ Mi hija ! ¡ Mi hija !

MELIN. ¡Cómo!... ¿Odette?...
CAPITÁN Sí.
MELIN. ¿Dónde se halla?
CAPITÁN (Señalando la puerta lateral derecha.) ¡Allí..., corramos! (El capitán, Melindres y el comisario desaparecen por la lateral derecha. Al quedar la escena sola aparecerá Pablo el Usurero llevando a la niña en brazos y dirigiéndose hacia el centro de la escena, se agachará y levantará, valiéndose de un cuchillo que antes habrá cogido de encima la mesa, la tapa de una trampa que existirá disimulada en el suelo, desapareciendo por ella con la niña y volviendo a cerrar tras él.)

ESCENA X

CAPITÁN, MELINDRES y EL COMISARIO.

CAPITÁN (Gritando.) ¡Odette!... ¡Odette!...
MELIN. ¡No responde! ¡El miserable se la lleva de nuevo! (El capitán apóyase en el hombro del comisario, como si se viera acometido de algún vahido.)
CAPITÁN ¡Fatalidad!
COMISAR. (Sosteniéndolo.) ¡Capitán!... Se halla usted muy débil y necesita reponer sus fuerzas. Permita usted que le acompañe en el automóvil que nos ha traído, hasta su casa, y deje a nuestro cuidado la tarea de buscar a su hija.
CAPITÁN (Apoyándose en el brazo del comisario.) ¡Sí!... ¡Me siento desfallecer!
COMISAR. Vamos. (El capitán, deteniéndose antes de llegar a la puerta, señalando al Melindres.)
CAPITÁN ¿Y tú?... ¿Y tú?
MELIN. ¡Yo me quedo! El corazón me dice que no debo marcharme de aquí!
CAPITÁN Posees un alma grande y generosa y jamás podré olvidar lo que has hecho por mí. (Entregándole una tarjeta.) ¡Toma! Ahí tienes las señas de mi casa. No dejes de ir a verme. (Estrechándole la mano.) ¡Adiós, y

que la suerte te acompañe! (Vanse el capitán y el comisario.)

ESCENA XI

MELINDRES solo.

(Levantando la mirada al cielo.) ¡Dios mío no me abandones! (Luego girará la mirada a su alrededor, como tratando de descubrir algo. De pronto prorrumpirá en un grito; en el suelo, entre las junturas de la trampa, habrá descubierto un mechón de cabellos de la niña. Agachándose y apoderándose de él.) ¿Un mechón de cabellos del mismo color que los suyos? Ya no me cabe duda... ¡El miserable ha huído por ahí! (Apercibiendo el cuchillo que Pablo habrá abandonado en el suelo y disponiéndose a levantar la tapa de la trampa.) ¡Dadme fuerzas, Señor! (Consiguiéndolo al fin con grandes esfuerzos.) ¡Por fin! (Disponiéndose a descender por el interior de la trampa.) ¿A dónde conducirá esto?... ¡Qué importa! ¡Aunque sea en las mismas entrañas de la tierra yo arrancaré a la niña de las garras de ese miserable! (Dice, y desaparece por el hueco de la trampa al tiempo que cae el telón.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

Cuadro VIII

El milano y la alondra

Una choza de trapero. En el suelo se hallarán esparcidos varios trapos y papeles. En la pared, y colgadas de los clavos, algunas prendas de vestir en mal uso. En un ángulo de la pared, un cesto con unas cuerdas, las que irán sujetas a las asas del mismo por unos garfios, tal como lo usan los traperos. Junto al cesto, una escalera de mano, medio oculta entre las prendas de vestir. Adherida a la pared, entre el ángulo de la derecha y la puerta lateral del mismo lado, una mesa o tocador de madera con un espejo colocado de pie sobre la mesa. En el foro, la puerta de entrada, y en la parte superior de la pared del foro, un ventanillo de cuatro palmos de alto por tres de ancho, por donde recibe la luz el cuarto.

ESCENA PRIMERA

PABLO y ODETTE.

PABLO — (Después de haber cerrado la trampa y de depositar la niña al suelo.) Quieta ahí y punto en boca. Al primer graznido que des te corto la campanilla.

ODETTE — (Llorando, en voz baja.) ¡ Papá ! ¡ Papá !...

PABLO — (Dirigiéndose hacia la mesa de madera, abriendo el cajón, sacando de él una barba postiza y empezando a caracterizarse.) Llama, llama, que trabajo le mando si consigue dar con tu paradero. A estas horas debe estar dado a todos los diablos y poniendo en pie de guerra a todos los sabuesos de París ; pero por

muy buen olfato que tengan no darán con la madriguera de Pablo el Usurero.

ODETTE ¿Por qué no quiere usted dejarme ir con mi papá? ¿Qué mal le he hecho yo para que me trate usted tan cruelmente? ¡Mi papá vive, y usted no tiene derecho para retenerme lejos de él! (Viendo que el otro hace un ademán colérico, juntando las manos en ademán suplicante.) ¡Sea usted bueno y generoso, y tenga lástima de mí!

PABLO ¿Y crees tú que tu padre me perdonaría el haberte robado?... que bastaría decirle, poniéndote por delante: «Tome usted: ahí va eso», para que se diera por satisfecho?... Si fuera tan cándido que me dejara conmover por tus lamentaciones, yo mismo me arrojaría en la boca del lobo. De esta hecha se me quitaba el hipo para siempre. (Haciendo ademán de cortarle el cuello.)

ODETTE No tenga usted miedo; él es muy bueno, y como yo intercedería por usted, estoy segura que le perdonaría.

PABLO (Ocupado en caracterizarse.) Bueno, bueno; tú sigue cantando, que yo, por mi parte, no pierdo el tiempo.

ODETTE (Con desesperación.) ¡Todo es inútil con usted!

PABLO Por esto lo mejor que puedes hacer es cerrar el pico y conformarte. No tengas miedo, no voy a tenerte encerrada; al contrario. Dentro de una hora habremos dejado París.

ODETTE ¿Dejado París?... ¡Huir de mi papá!...

PABLO Sí, huir. A lo menos por algún tiempo. Más adelante, ¡quién sabe!... Puede que aun me dé el capricho de ir a hacerle una visita.

ODETTE ¿Y a dónde trata usted de llevarme?

PABLO ¡Maldita goma!.... (Por el bigote.) Estoy viendo que se me va a despegar de un momento a otro. Por de pronto, a Niza.

¡ Ya verás qué país tan hermoso !... (*Tanteando la cartera por encima de la ropa.*) Aun me quedan algunos monises y vamos a gastárnoslos alegremente. Allí dicen que hay un casino en donde se juega fuerte... Veremos si me da el naipe por probar fortuna. ¡ Quién sabe si volveré hecho un nabab !... Hace tiempo que me está dando vueltas la idea de ir a dar un paseo por allí, y ahora voy a aprovechar la oportunidad.

ODETTE No, yo no quiero irme. Si trata usted de llevarme gritaré ; gritaré tan fuerte, que mis gritos atraerán la atención de la gente y lo castigarán a usted por retenerme contra mi voluntad.

PABLO (*Acercándose a ella y pegándole un pellizco en un brazo.*) ¿ De veras?... No te creí tan rebelde... Afortunadamente yo poseo un remedio contra tu enfermedad.

ODETTE ¡ Ay ! ¡ Me ha hecho usted daño !

PABLO Por poco te quejas... Vuelve a repetir lo que has dicho..., y a la segunda toma voy a cargar la dosis de tal modo, que se te van a quitar las ganas de gallear para siempre.

ODETTE ¡ Madre mía ! ¡ Madre mía !...

PABLO En cambio, si me prometes ser dócil y obediente no te quejarás de mí.

ODETTE ¡ Oh, sí, sí !... Yo haré todo lo que usted quiera ; pero, por piedad, no vuelva usted a pellizcarme. ¡ Me ha hecho usted mucho daño !

PABLO ¡ Cuidado si eres delicada ! ¡ Ya verás, cuando haga un par de meses que estés conmigo a donde va a parar toda esa finura y esa melosidad que ahora gastas !... A mí me gusta la gente fuerte, y no hecha de alfeñique, como tú. (*Quitándose el levitón que llevará puesto y poniéndose una blusa larga y remendada que recogerá de una silla.*) ¿ Crees ahora que tu padre podría reconocerme?...

ODETTE No, no...

PABLO Quedas tú todavía, y como no siempre se puede andar por los subterráneos... y va a ser preciso asomar las narices a la luz, es menester recurrir a otras medidas.

ODETTE (Apartándose a medida que él se acerca. Medrosa.) ¡No me haga usted daño!... ¿Qué quiere usted decir?...

PABLO ¿Daño?... ¡Al contrario!... (Apoderándose del cesto que se ha hecho mención.) ¿Ves este cesto?... Todo se reduce a que te escondas en él, cuidando de no asomar la cabeza ni una sola vez, porque en tal caso... (Apoderándose de un grueso bastón de trapero.)

ODETTE ¡No, no!...

PABLO Vamos; no hay que entretenerse.

ODETTE Y he de permanecer mucho tiempo ahí dentro?

PABLO El tiempo suficiente para llegar a mi casa. Allí nos cambiaremos de ropa y nos pondremos otras más adecuadas para emprender el viaje. ¿Acaso te habías figurado que íbamos a viajar con estos andrajos?... Vamos, vivo, que el tiempo urge y falta una hora tan sólo para salir el tren. (Cogiendo a la niña por debajo de los sobacos y metiéndola en el cesto.) Pesas más de lo que yo creía... (Cargándose el cesto.) ¡No debes ir poco bien a cuestas mías!... ¿Y aun te quejas de tu suerte?... (Abriendo la puerta.) ¡En marcha! Y ahora... desafío a toda la policía de París a que den con Pablo el Usurero. (Vanse.)

ESCENA II

MELINDRES solo.

(La escena quedará sola breves momentos; de pronto se verá levantarse lentamente la tapa de la trampa, y la cabeza de Melindres asomará por ella. Dirigiéndose con su mirada investigadora a su alrededor y con

desesperación.) ¡ Nadie !... (Saltando dentro de la habitación y dejando caer la tapa de la trampa.) Y, no obstante, preciso es que haya pasado por aquí... ¡ Dios mío ! ¿Vais a hundirme de nuevo entre las tinieblas, después de haberme hecho entrever un rayo de esperanza?... (Gritando.) ¡ Odette ! ¡ Odette !... (Con desesperación.) ¡ La soledad y el silencio reinan en torno mío !... Iluminad mi entendimiento, Señor : ¡ que aperciba un destello de luz, por muy débil que sea ! (Fijándose de pronto en el levitón que llevaba Pablo; apoderándose de él y registrándolo.) ¡ Ah !... (Apoderándose de una tarjeta y leyéndola.) He ahí la huella que pedía. «Pablo Bouchard, calle de Orleans, número doce, París.» (Dirigiéndose hacia la puerta del foro.) ¡ Caíste en el lazo, miserable ! ¡ Y ahora, corramos !... ¿Qué puede sucederme? ¿Perder la vida?... ¿Qué me importa si logro salvarla a ella?..

MUTACIÓN

Cuadro IX

El niño detective

Telón corto representando una calle de París.

ESCENA ÚNICA

MELINDRES y GUARDIAS 1.º y 2.º

MELIN. (Desfallecido y jadeante, apoyándose en un farol para no caer.) ¡ No puedo más..., me siento desfallecer !... ¡ He confiado demasiado en

mis fuerzas!... ¿De qué me sirve el valor si he nacido enfermizo y débil como una mujer?...

GUARDIA I (Aproximándose a él y colocándole la mano sobre el hombro.) ¿Qué es esto?... ¿Se ha puesto usted malo? ¡Cualquiera diría que iba usted a desmayarse!...

MELIN. (Pasándose la mano por la frente.) Ya me encuentro mejor... Ha sido un ligero desvanecimiento.

GUARDIA I (Disponiéndose a marchar.) Siendo así...

MELIN. ¡Oh, no se marche usted, señor agente; yo se lo ruego!

GUARDIA I ¿Necesita usted de mis servicios?

MELIN. Sí. ¡Se trata de detener a un miserable! Vea usted..., en esta tarjeta se hallan escritas las señas del domicilio de Pablo Bouchard. ¿Sabe usted quién es?

GUARDIA I ¡Pardiez! ¿Pues no he de saberlo?... Pablo Bouchard, alias el Usurero..., el raptor de la hija del capitán d'Avigni... ¿Y está usted seguro de que las señas son exactas?

MELIN. Segurísimo.

GUARDIA I Entonces no hay más que hablar. Es preciso cortarle las alas a esa ave de rapiña.

(En este momento Pablo, con el cesto a cuestas, atravesará la escena, desapareciendo por la lateral izquierda.

PABLO (Clavando una mirada al Melindres.) ¡Otra vez el maldito jiboso!... ¡Husmea, husmea, que por muy buen olfato que tengas no conseguirás dar con el rastro! (Desaparece.)

MELIN. (Apoyándose en el agente.) Vamos, señor agente, vamos... No hay que perder tiempo.

GUARDIA I ¿Se encuentra usted ya más aliviado?

MELIN. Sí; y dispuesto a secundarle en todo lo que haga falta.

GUARDIA I Aguarde usted... De sobras se conoce que es usted un mozo valeroso; pero antes de obrar precisa preparar el terreno. El golpe es arriesgado y hay que tomar precauciones. (Haciendo seña a un agente que en

este momento atraviesa la escena.) ¡ Hola, Dubois !... (El otro se acercará.) Se trata de cortar el vuelo a un pájaro de cuenta. (Mostrándole la tarjeta.) Fíjate en estas señas... Calle de Orleans, número doce. Telefonea, desde el puesto más próximo, al comisario de policía para que acuda, en compañía de una pareja, al lugar indicado.

MELIN. De paso, que telefonee al capitán d'Avigny, avenida de los Campos Elíseos, número quince.

GUARDIA 1 ¿Te has enterado?

GUARDIA 2 (Cuadrándose.) Perfectamente, mi sargento. (Vase guarda segundo.)

GUARDIA 1 Y ahora, mi joven amigo, cuando usted quiera. Yo también ardo en deseos de sentarle las costuras a ese mala pieza que tanto ha dado que hacer a la policía; ¡ quiera Dios que no nos salga el tiro por la culata !

MELIN. Vamos. ¡ El corazón me dice que saldremos victoriosos !

MUTACIÓN

Cuadro X

Al borde del abismo

Una plazoleta circundada a ambos lados por varios edificios y limitada al fondo por una calle que se prolongará a la lejos. En primer término, el portal de una casa señalada con el número doce.

ESCENA PRIMERA

PABLO y ODETTE.

PABLO (Deteniéndose frente al número 12, apoderándose de la llave y abriendo la puerta, asegurándose antes de que

nadie le sigue.) ¡ Por fin !... ¡ Cuidado si pesa la condenada !... ¡ Estoy derrengado !

ODETTE (Asomando la cabeza por el cesto.) ¡ Por piedad ! ¡ Me ahogo aquí dentro !

PABLO (Dándole un golpe con el bastón.) ¡ Chitón, o te escabecho ! (Penetrando en el portal.) ¡ Tiempo te quedará para tomar el aire ! (Desaparecen, volviendo a cerrar la puerta por dentro.)

ESCENA II

MELINDRES y GUARDIA.

MELIN. (Señalando la casa.) Esta es... Vea usted el número grabado junto a la puerta. No es posible la equivocación.

GUARDIA I (Consultando la tarjeta.) En efecto : número doce... ¡ Muy bien ! Coloquémonos uno a cada lado de la puerta, y al primero que intente salir cuyas señas coincidan con las de Pablo el Usurero, cortémosle la retirada. A propósito... Aun no me ha dado usted las señas del interfecto. En la comisaría debe existir su filiación, pero a mí ya se me ha olvidado. ¿ Es alto o bajo?

MELIN. Alto, de facciones fuertes y pronunciadas ; va afeitado, tiene el pelo rojo y encrespado...

GUARDIA I Muy bien ; no se me despintará.

MELIN. ¿ Pero usted cree conveniente aguardar a que salga? ¿ No sería mejor penetrar en la casa y caer sobre él de improviso? ¿ Quién nos asegura que cuando tratemos de apoderarnos de él no sea ya tarde? Tal vez la casa posea alguna otra salida y logre escapar sin ser visto... ¡ Yo ya no aguardo más ! (Haciendo ademán de llamar a la puerta.)

GUARDIA I (Deteniéndole por un brazo.) No hay que ser temerario. Si se tratara de cometer un

acto de valor yo sería el primero de marchar al frente. Pero ahora, ¿qué vamos a buscar en ello? Una derrota vergonzosa. Vea usted la puerta... Se halla cerrada con llave, y seguramente atrancada por dentro. Para penetrar en el interior sería preciso llamar a golpes, pues no creo que tenga usted la pretensión de derribarla; y suponiendo que nos abriera, ¿cree usted que Pablo, antes de dejarse prender, no apelaría a todas las medidas imaginables? La casa, por lo que se ve, se compone sólo de planta baja, y todo hace suponer que la habita un solo inquilino. Una vez dentro, ¿quién nos responde de que volviéramos a salir? Pablo es muy astuto y hay que andar con mucho tiento si queremos apoderarnos de él.

MELIN. ¿Y si entre tanto hace desaparecer a la niña?

GUARDIA 1 No hay cuidado. Si se halla dentro de la casa yo respondo de que no saldrá libre de ella. Ahora falta asegurarnos de si realmente se halla dentro.

MELIN. ¿Dónde quiere usted que se haya refugiado?

GUARDIA 1 ¡Quien sabe! Con esta clase de prójimos no sabe nunca uno a qué carta quedarse. Pero no hay que impacientarse, porque dentro de poco saldremos de dudas. ¿No lo dije?... (Señalando la calle del foro.) Por allí viene el señor comisario en compañía de dos agentes.

MELIN. ¡Ah, por fin! Y el capitán d'Avigny... ¡Ah! ¡Voy a recibirle!

GUARDIA 1 Dice usted afeitado y pelo rojo..., ¿no es esto?

MELIN. Sí, sí... (Corriendo al encuentro del capitán.)

GUARDIA 1 No hay peligro de que se me escape. (En este momento se entreabrirá la puerta y un caballero elegantemente vestido y cubierto con un abrigo de pieles, de cabello cano y bigote y patillas blancas, apare-

cerá en el umbral dando la mano a la niña, vestida con un gorro y abrigo de terciopelo. El agente, después de echarles una ojeada, les hará el saludo militar, abriéndoles paso respetuosamente. El caballero y la niña desaparecerán por la lateral derecha.) No creí que estuviera la casa tan bien habitada. Este debe ser un pez de los gordos.

ESCENA III

Dicho. COMISARIO, CAPITÁN D'AVIGNY, MELINDRES y agentes.

MELIN. Por aquí, señores, por aquí.

COMISAR. ¿Estás seguro de no equivocarte?

MELIN. No. Dentro de poco podrá usted estrechar a su hija contra su corazón. Señor comisario, ésta es la casa habitada por Pablo el Usurero. Si quiere usted apoderarse de él es menester no perder tiempo.

COMISAR. ¿Está cerrada la puerta?

MELIN. Sí; pero no importa. Si no contesta a nuestros golpes la derribaremos.

GUARDIA Perdone usted, señor comisario: la puerta se hallaba cerrada hace un instante, pero ya no lo está.

MELIN. ¿Cómo?...

GUARDIA Un caballero que acaba de salir en compañía de una niña la ha dejado abierta.

MELIN. (Trémulo y excitado.) ¿En compañía de una niña?... ¿Y por dónde se ha ido?... ¡Pronto!

GUARDIA (Señalando la lateral derecha.) Por allí. Mire usted; si tiene buena vista aun podrá apercibirles. Ahora hacen seña a un auto y se disponen a montar en él.

MELIN. (Lanzando un grito.) ¡Es ella, la reconozco! ¡Odette! ¡Odette!...

CAPITÁN (Corriendo tras de Melindres.) ¡ Hija mia !...

COMISAR. ¡ Vamos !

MELIN. No tema usted, capitán... ¡ He jurado salvar a su hija y sabré cumplir mi juramento ! (Desaparece rápidamente por la lateral derecha, seguido de los demás.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SÉPTIMO

ACTO OCTAVO

Cuadro XI

Cogido en la trampa

Telón corto representando una de las avenidas de un parque en Niza.

ESCENA PRIMERA

MELINDRES.

(Dejándose caer en el banco.) ¡Nada!... ¡Todo sigue envuelto en el misterio! Odette, ¿qué habrá sido de ti?... ¿Hasta cuándo ha de durar esta cruel incertidumbre? Hay momentos en que el desaliento y la desconfianza se apoderan de mí, y no obstante, fuerza es que cumpla mi juramento. El capitán d'Avigny aguarda el regreso de su hija, y ha cifrado en mí su esperanza. Yo no debo flaquear ni retroceder. Mientras que quede un soplo de mi vida éste debe ser para Odette. (En este momento una señora elegantemente vestida atravesará la escena. Al llegar a la lateral derecha, y sacando un pañuelo de dentro del manguito, lo agitará en el aire, como despidiéndose de alguien. Al sacar el pañuelo le caerá un monedero, sin que ella se haya apercibido. Después, volverá a coger el pañuelo y desaparecerá por la lateral derecha. Melindres se levanta.) Emprendamos de nuevo la tarea, y quiera Dios que mis pesquisas no resulten hoy

también infructuosas. (En este momento se fijará en el monedero y se agacha para cogerlo.) ¿Un monedero?... (Vacila antes de abrirlo.) ¿Y acaso contenga dinero?... (Abriéndolo.) ¡Oh, cuántos billetes!... Con uno solo de ellos sería ya rico... y podría acallar el hambre que me devora. (Como luchando con la tentación.) Si yo quisiera... (Fijando una mirada investigadora a su alrededor.) Nadie ha visto como lo cogía... (Rechazando con energía la idea de apropiárselo.) Pero no... Eso sería apropiarme de lo que no me pertenece. Este dinero debe tener un dueño, y mi deber es buscarlo para devolvérselo; si me lo guardaba cometería un robo, y yo no quiero ser ladrón. Vamos a la comisaría de policía; se halla al doblar la esquina... Allí se encargarán de reintegrarlo a su destino. (En este momento la misma señora de antes aparece por donde se fué, dirigiendo investigadoras miradas al suelo, como si buscara algo. Al ver a Melindres se detendrá, interrogándole.)

ESCENA II

MELINDRES y SEÑORA.

SEÑORA (¡Dios mío, Dios mío!... ¿Dónde lo habré perdido?...) Usted perdone. ¿Hace mucho rato que permanece usted aquí?

MELIN. Unos diez minutos a lo sumo.

SEÑORA ¿Y no ha visto usted por casualidad un monedero de piel con broche de plata? Estoy segura de que antes de sacarme el pañuelo del manguito para saludar a mi amiga lo llevaba. Probablemente se habrá caído entonces.

MELIN. (Entregándoselo.) ¿Es acaso éste, señora?

SEÑORA (Apoderándose de él.) El mismo. ¡No es poca fortuna el que usted lo haya encontrado! ¡Gracias, muchas gracias!

MELIN. Ahora mismo iba a depositarlo en la comisaría.

SEÑORA (Entregándole una moneda de oro que sacará del monedero.) Tome usted... Jamás podré olvidar su noble comportamiento. (Melindres, después de vacilar un instante, aceptará la moneda. Ella, después de saludarle, desaparecerá por la lateral derecha.)

MELIN. (Fijándose en la moneda y lanzando un grito.) ¡Cómo!... ¿Una moneda de oro?... Sin duda no se habrá apercibido... (Avanzando hacia la lateral derecha y gritando.) ¡Señora!... ¡Señora!...

SEÑORA (Reapareciendo.) ¿Qué se le ofrece a usted, amigo mío?

MELIN. (Confuso, mostrándole la moneda.) Perdone usted, señora, pero acaba usted de darme una moneda de oro, y seguramente debe usted haberse equivocado. (Entregándosela.) Tome usted, señora.

SEÑORA (Sonriendo afablemente.) No, amigo mío, no me he equivocado. ¿Acaso cree usted que su noble acción no vale esa insignificante moneda? Los actos como el que usted acaba de realizar no se pagan con dinero. Pero ahora me apercibo de que tiene usted razón: no era ésta la moneda que debí darle..., (Saca una billete de cien francos del monedero, el cual entrega a Melindres.) sino este billete.

MELIN. (Sin saber lo que le pasa.) ¿Qué dice usted, señora?... No se burle usted de mí.

SEÑORA ¿Burlarme?... ¿Por qué motivo?... Tome usted, y si ese dinero ha de hacerle a usted feliz, bendigo la casualidad que lo ha interpuesto a usted en mi camino.

MELIN. (Contemplando el billete con inefable alegría, como si aun dudara de su felicidad.) ¿Mío todo este dinero, mío?... ¿Será posible?... ¿No estaré soñando?...

SEÑORA ¡Cuán fácilmente se hace felices a los que sufren!...

MELIN. (Apoderándose de una de las manos de la desconocida y estrechándola con efusión.) ¡Oh!... ¡Gracias, señora, gracias! ¿Cómo podré pagarle el bien que me hace?...

SEÑORA ¿Luego es usted muy desgraciado?...

MELIN. (Bajando la cabeza.) Sí...

SEÑORA En su mirada resplandece una expresión de bondad e inteligencia que predispone en su favor. Si en algo puedo servirle a usted no vacile en dirigirse a mí. ¿Hace mucho tiempo que se halla usted en Niza?

MELIN. Ocho, días, señora, ocho días..., que los he pasado por la calles, vagando de día y noche, sin darme tregua ni reposo, y casi sin comer.

SEÑORA ¿Pero por qué? ¿Perseguía usted a alguien?

MELIN. Sí: a un infame, a un miserable que he jurado hacer capturar aunque me vaya en ello la vida.

SEÑORA ¿Le ha robado a usted algo, el tal sujeto?

MELIN. ¿Que si me ha robado?... ¡No hay fortuna, por muy cuantiosa que sea, que valga tanto como lo que él me ha robado a mí! ¡Ello era mi único afecto, mi solo consuelo en el mundo!

SEÑORA ¿Y cómo se llama este infame?

MELIN. Pablo Bouchard, apodado el Usurero.

SEÑORA ¿El raptor de la hija del capitán d'Avigny?

MELIN. (Con sorpresa.) ¿Está usted enterada?...

SEÑORA He leído el relato en los periódicos.

MELIN. Pues bien, bastará decirle que Odette y yo nos amamos como hermanos... ¡Calcule usted si odiaré a su raptor!

SEÑORA Tenga usted cuidado... La lucha con ese hombre es peligrosa, y fácilmente puede usted salir derrotado. ¿Está usted seguro de que se halla en Niza?

MELIN. Segurísimo. Como que he venido si-

guiéndole desde París, escondido en un furgón del tren... ¡ Ah, si no hubiese sido por mi mala estrella !... ¡ Seguramente a estas horas se hallaría ya encerrado en algún calabozo ! Cuando llegamos a Niza, lo vi apearse, en compañía de la niña, y atravesar por entre la hilera de gente que se agrupaba a la llegada del tren. Yo, entonces, salté de mi escondite, me deslicé sin ser visto hasta colocarme a algunos pasos de distancia, y con ánimo de reclamar el auxilio del primer policía que me saliera al paso ; pero cuando iba a hacer señal a uno, el miserable, arrastrando a la niña en pos de él, saltó dentro de un coche, que permanecía parado frente a la estación, y desapareció rápidamente, y apenas si me dió tiempo para echar a correr detrás del carruaje. Ya iba a alcanzarles, cuando de pronto, al atravesar una de las grandes avenidas que cruzan la ciudad, otro carruaje se interpuso de por medio, y cuando pude atravesar ya el primero se había perdido de vista, y cuanto hice luego para ponerme sobre sus huellas resultó inútil. Desde entonces que vago por la ciudad sin rumbo fijo, esperando a cada momento que la casualidad haga que se cruce de nuevo en mi camino. Pero hasta ahora no he tenido esta suerte ; y a no ser por el dinero que acaba usted de darme, ya no me quedaba otro recurso que morir de hambre y de frío.

SEÑORA — No se desespere usted... Dios no puede abandonarle en su noble empresa y hará que triunfe usted en ella. (Entregándole una tarjeta.) Tome usted... Aquí tiene usted las señas de mi casa... Si en algo puedo ser a usted útil, no vacile en acudir a mí.

MELIN. — (Besándole la mano.) ¡ Gracias, gracias !... (La señora hará ademán de retirarse. De pronto el

Melindres, al levantar los ojos, prorrumpirá en un grito.)

SEÑORA ¿Qué le ocurre a usted?

MELIN. (Señalando en dirección a la lateral derecha.) ¡Aquel hombre!... ¡Allá abajo!...

SEÑORA ¿Y bien?...

MELIN. No me cabe duda..., es el cochero que guiaba el carruaje que condujo a Pablo y a la niña a su llegada a Niza... Tengo bien grabadas sus facciones.

SEÑORA Se dirige hacia aquí... Interróguelo usted. El corazón me dice que será usted afortunado.

MELIN. ¿Se marcha usted, señora?

SEÑORA Me es imposible detenerme por más tiempo... No se olvide usted de ir a verme. (Vase, después de estrecharle la mano.)

ESCENA III

MELINDRES y COCHERO.

COCHERO (Entra por la lateral derecha. Va vestido de librea y lleva patillas. Al entrar se detendrá junto al ángulo derecha, volviéndose de espaldas y alargando el brazo como si se despidiera de alguno que se supone dentro.) No insistas, Duféi, mañana echaremos un par de copas más; hoy me es imposible. Tengo el coche en la parada y no puedo detenerme más tiempo. Adiós.

MELIN. (Saliéndole al paso.) Perdone usted, amigo...

COCHERO ¿Qué se ofrece?

MELIN. Hacerle a usted una pregunta.

COCHERO ¡Para preguntas estoy yo ahora!... ¿No ha oído usted que tengo el coche solo, y si viene el inspector me expongo a que me balde con una multa?...

MELIN. Yo se lo ruego..., se trata de algo muy importante.

COCHERO ¿Le parece a usted poco importante el que me impongan una multa? ¡Vivo, o

de lo contrario !... (Hace ademán de apartarlo.)

MELIN. (Mostrándole la moneda de oro.) ¡ Ah !... Se me olvidaba... Vea usted. Si responde usted a lo que voy a preguntarle se la regalo.

COCHERO ¿ Oro?... Eso ya es harina de otro costal. Desembuche usted, que soy todo oídos. ¡ Por una moneda como ésta desafío yo todas las multas del mundo !

MELIN. ¿ Hace ocho días prestaba usted servicio en la parada que existe frente a la estación?

COCHERO Sí...

MELIN. ¿ Recuerda usted si a la llegada del rápido de París, un hombre, ya de alguna edad, cubierto con un rico gabán negro y llevando a una niña de la mano, le llamó a usted y montó en su carruaje?

COCHERO Aguarde usted, deje que haga memoria... Conduce uno a tanta gente, que no tiene nada de extraño que me haga un lío, algunas veces. ¿ Qué edad tendría la niña, poco más o menos?

MELIN. De nueve a diez años.

COCHERO Sí, justamente..., ahora lo recuerdo... Un caballero con un abrigo de pieles... Por cierto que me llamó la atención, porque no hacía frío para tanto.

MELIN. (Con inefable alegría.) ¡ Oh, gracias, Dios mío !

COCHERO Parece que le alegra a usted... ¿ Se trata, tal vez, de uno de su familia?

MELIN. Prosiga usted. ¿ Recuerda a dónde les condujo?

COCHERO Sí. No fué corta la carrera, por cierto... Más de media hora al trote, y total no recibí más que un real de propina. De esto me acuerdo perfectamente.

MELIN. ¡ Siga usted..., pronto !

COCHERO Está usted muy excitado... ¿ Le ocurre a usted algo?

MELIN. No se preocupe... ¿ A dónde los llevó usted?

COCHERO A una *villa* que se halla situada en las afueras de la ciudad, a la orilla del mar.

MELIN. ¿Reconocería usted el camino?

COCHERO ¡Buena es ésa!... ¿Quiere usted que le conduzca ahora mismo?

MELIN. No, todavía no. Primero precisa combinar un plan.

COCHERO En este caso, voy a ocupar mi puesto, y si me necesita usted, ya lo sabe: en la parada que hay junto...

MELIN. Vamos, le retengo a usted por todo el día. (Como si hablara para sí.) Primero, a la comisaría de policía, y después a telefonear al capitán d'Avigny. Tengo la seguridad de que llegará en momento oportuno. Esto es lo más acertado. ¡Gracias, Dios mío!... Hice mal en desconfiar de ti. ¡Tú no abandonas nunca a los desgraciados! (Durante este soliloquio el cochero le contemplará, como si temiera habérselas con un loco.) Vamos, no hay que perder tiempo. (Cogiendo al cochero por un brazo.) Le advierto a usted que a mí me gusta ir volando... Si es preciso, reviente usted el caballo.

COCHERO (Con ironía.) ¿Piensa usted pagármelo con la moneda de oro?...

MELIN. (Entregándole la moneda.) Esta se la prometí a usted, y yo cumplo siempre lo que prometo. Afortunadamente no todo acaba aquí. (Sacando el billete y pasándoselo por los ojos al cochero.)

COCHERO (Guardándose la moneda.) Siendo así, no tendrá usted queja, mi amo. Ni el viento va a correr más que nosotros.

MELIN. (Estrechando el billete entre sus manos.) ¡Bendito seas, dinero, cuando das armas al débil y truecas su desaliento en energía y su desengaño en esperanza! (Desaparece, seguido del cochero, por la lateral derecha.)

MUTACIÓN

Cuadro XII
El valor de una niña

Interior de una quinta de recreo en Niza. La escena permanece dividida. A la derecha, un cuarto con una cama, lavabo y un par de sillas. A la izquierda, una salita con sofá, sillones, un velador, etc. Entre ambas habitaciones, una puerta de comunicación. En el foro de la sala de la izquierda, un balcón que da a un jardín.

ESCENA PRIMERA

PABLO y ODETTE.

PABLO (Dirigiéndose hacia la niña y sacudiéndola por el brazo para que se despierte. La niña se restregará los ojos, fijando en Pablo una mirada asustada.) ¿Cómo es que aun no te has acostado?... ¿No te tengo dicho que cuando yo venga quiero que ya estés en la cama? Ya sabes que a mí no me gusta decir dos veces una misma cosa. Si mañana no te hallo ya durmiendo, no te van a quedar ganas de que te lo repita. (Quitándose el abrigo y sombrero y depositándolos sobre una silla.) ¡ Maldita ruleta !... El rojo me ha sido fatal esta noche. ¡ Por vida de !... ¡ No me va a resultar poco caro el viaje a Niza !... ¡ Y los otros sin dar señales de vida ! (Levantándose y paseándose muy agitado por la habitación.) Es preciso que esto termine. Hasta ahora he podido aguardar porque no me han faltado los monises ; pero ahora que éstos empiezan a escasear, es menester tomar una resolución. (Sin fijarse en la niña, que, vencida por el sueño, se habrá quedado de nuevo dormida.) El capitán aflojará de nuevo la mosca ; pero es preciso obrar con tiento... La chiquilla empieza ya a resultarme una

carga pesada... Es necesario que invente algo para hacerme con el dinero y desprenderme de ella sin que yo dé la cara. Para ello es preciso combinar un nuevo plan. (Después de una nueva pausa.) ¡ Qué diablo !... Ahora no estoy para inventar nada ; por más que me devanara los sesos no conseguiría dar con ninguna idea. Estoy cayéndome de sueño... Mañana será otro día. (Dando un manotazo a la niña.) ¿Cómo se entiende?... ¿Te has vuelto a dormir?... Largo de ahí, si no quieres que te enseñe el camino.

ODETTE (Juntando las manos, suplicante.) ¡ No me pegue usted !... ¿Qué culpa tengo yo si me he quedado dormida?

PABLO Para eso está la cama, que bien blanda y bien mullida la tienes. ¡ Y basta ya de réplicas, o de lo contrario !...

ODETTE (Avanzando hacia el cuarto.) ¡ Oh... no, no !... ¡ Ya me marcho..., no se enfade usted !

PABLO Pareces una mosquita muerta... Cualquiera diría que no rompes un plato, y, cuidado si tienes mala intención... El otro día, si no llego a tiempo, me encuentro con la jaula vacía... ¿Por qué pretendiste escaparte? ¿Acaso te trato yo tan mal?

ODETTE ¡ No, no !...

PABLO ¿Qué hubieras hecho una vez en la calle, vamos a ver?... Hubieras tenido que pedir limosna para mantenerte.

ODETTE No, eso no... No hubiera tenido valor para ello.

PABLO Yo te respondo de que así que te hubiera picado el hambre, ya te hubieras dado buena traza en tender la mano. ¡ Eso es lo que a ti te haría falta : pasar hambre ! Ya verías como se te ablandaría ese geniecillo rebelde que ahora gastas. Pero yo te aseguro que, como te dé de nuevo la ocurrencia de levantar el vuelo, voy a

tenerte a pan y agua unos cuantos días. ¡Así aprenderás a tenerte tranquila y a mostrarte más agradecida con los que te mantienen!

ODETTE ¡Dios mío, Dios mío!... ¿Hasta cuándo me tendrá usted encerrada en esta casa?

PABLO ¡Cualquiera diría que esto es una cárcel! ¿Acaso no disfrutas, desde aquí, de buenas vistas? Desde este balcón se domina todo el panorama de Niza y Monte-Carlo y el mar viene a arrullar blandamente debajo de tu balcón. En París no podías ver el mar.

ODETTE Pero tenía a mi papá. ¿Cuándo volveré a verle?

PABLO Es menester aguardar a que marchen mejor los negocios. Vamos, basta ya de conversación, y márchate a tu cuarto; acaso durmiendo sueñes en él, y te harás la ilusión de que te hallas a su lado.

ODETTE Eso me ocurre todas las noches; pero luego, al despertarme y ver que no ha sido más que un sueño, sufro aun doblemente.

PABLO (Sacando una llave del bolsillo y abriendo la puerta que comunica con la habitación inmediata.) Pues día llegará en que el sueño se convierta en realidad.

ODETTE ¡Cuánto tarda ese día!

PABLO Sobre todo mucho cuidado en reincidir... (Chocando la yema de los dedos.) A la segunda intentona, el pan y agua de reglamento.

ODETTE No tenga usted cuidado... ¿Cómo quiere usted que me escape, si me tiene usted encerrada por todos lados? (Pablo cerrará de nuevo la puerta por la parte de fuera y se guardará la llave en el bolsillo.)

PABLO Y ahora, a probar fortuna por última vez. Si la ruleta no me favorece, tendrá que proveerme de fondos el capitán. (Al desaparecer por la lateral izquierda se oirá como cierra la puerta con llave.)

ESCENA II

ODETTE.

(Al quedar sola se dirigirá hacia la cama y se despojará del delantal y los zapatos; después se subirá a la cama, valiéndose de una silla, y una vez en el lecho, se arrodillará, juntando las manos, y dirá con gran fervor:) ¡ Virgen Santa del Carmen: tú, a quien siempre he querido, y a quien mi madre me enseñó a rezarte de pequeñita, no te olvides ahora de mí y mándame alguno de tus ángeles para librarme de esta angustiosa situación! (Después de dichas estas palabras se acostará; casi simultáneamente se apercibirá la silueta del Melindres, trepando por la baranda de piedra del bancón y saltar dentro. Una vez de pie en el balcón, hará saltar uno de los cristales, y pasando el brazo por el hueco de aquél, levantará el pestillo y abrirá el balcón, penetrando en el interior del cuarto.)

ESCENA III

ODETTE y EL MELINDRES.

MELIN. (Avanzando sigilosamente, guiado por la luz de la luna, que penetrará por los cristales del balcón.) ¡ Señor: guía mis pasos y haz que llegue a tiempo para salvarla! He visto al Usurero salir por la puerta del jardín, y es menester aprovechar el tiempo antes no vuelva. (Al dirigirse hacia la mesa, apercibirá encima de ésta la muñeca de cartón que él regaló a la niña. Apoderándose de la muñeca.) La muñeca que yo le regalé... Probablemente ella no debe estar lejos de aquí. Si me atreviera a llamarla acaso me oiría. (Avanzando hacia la puerta lateral izquierda y tratando de abrirla.) Cerrada... (Aplicando el oído.) No se

apercibe ningún ruido. (Avanzando hacia la puerta que comunica con el cuarto de la niña.) ¡ Cerrada también !... (Escuchando.) Se oye una ligera respiración... (La niña debe dormir de cara al público.) Si fuera ella... Pablo debe respirar con más fuerza... Jamás había latido mi corazón con tanta violencia. Preciso es que me atreva. (En voz baja.) ¡ Odette !... ¡ Odette !... (La niña, al oir esta voz, abrirá los ojos y se incorporará, luego, sobre la cama.) ¡ Odette..., respóndeme !

ODETTE ¡ Esa voz..., esa voz !...

MELIN. Soy yo, que vengo a salvarte.

ODETTE (Arrodillándose sobre la cama y tendiendo los brazos hacia la puerta. Con acento de inmensa alegría.) ¡ Andrés !... ¡ Andrés !... ¡ La Virgen me ha escuchado !

MELIN. (Temblando de gozo y de emoción.) ¡ Ella !... ¡ Calla, corazón, y ahoga tus latidos !... Odette, ¿eres tú?...

ODETTE Sí.

MELIN. ¡ Abre la puerta, pronto !...

ODETTE ¡ No puedo, me hallo encerrada !

MELIN. ¡ Qué hacer, Dios mío, qué hacer !... (Tratando de forzar la puerta.) ¡ No puedo !...

ODETTE ¡ Sálvame, sálvame !...

MELIN. (Fijándose, de pronto, en un hacha que habrá junto a la puerta, al lado de la chimenea, destinada a cortar leña.) ¡ Oh, sí !... ¡ Aunque sea derribando la puerta a hachazos ! ¡ Yo no me marcho sin ti ! (Apoderándose del hacha y descargando golpe tras golpe sobre la puerta, hasta que ésta cae a astillas, dejando un grueso boquete al descubierto.) ¡ ¡ Por fin ! !... (Odette se subirá sobre una silla, asomando la cabeza por el boquete.)

ODETTE ¡ Andrés !...

MELIN. (Apoderándose de la niña y haciéndola pasar por el boquete, estrechándola luego entre sus brazos, permaneciendo ambos estrechamente abrazados.) ¡ ¡ Hermana mía ! !... ¡ Gracias, Señor, por habérmela devuelto ! (Despréndese, luego de sus brazos y arrástrala hacia el balcón.) ¡ Vamos ;

no hay tiempo que perder ! (En este momento se abrirá la puerta lateral izquierda y Pablo aparecerá en el dintel.) ¡ ¡ Fatalidad ! !

ESCENA IV

Dichos y PABLO.

PABLO (Con sarcasmo.) ¡ Muy bien !... ¿Por qué no seguís adelante?... El balcón está abierto... ¿qué os detiene? (Avanzando hacia el Melindres y arrebatándole la niña bruscamente.) ¡ Insensato !... ¿Creíste poder llevar a cabo tu plan sin que yo te opusiera impedimento?... ¿Tan débil y necio me juzgaste? Bendigo la casualidad que me hizo dejar olvidada la cartera. (Apretándole por la muñeca y atrayéndole hacia sí.) ¡ Ya es la tercera vez que te interpones en mi camino ; la tercera vez que osas medir tus fuerzas conmigo, y deseaba hallarte de nuevo para hacerte pagar cara tu audacia y temeridad !

MELIN. ¡ Suélteme usted !... ¡ Su contacto tan sólo me degrada ! ¡ Aquel que, como usted, se ensaña con un ser débil e inocente, y para satisfacer su sed de oro no vacila en descender al terreno del robo y el asesinato, y sólo vive arrastrándose en el cieno, no es digno de que nadie cruce con él la palabra, y sólo merece que le escupan al rostro, como yo lo hago !

PABLO ¿Aun tienes valor para insultarme?

MELIN. ¡ Sí ! ¿Qué puedes hacerme?... ¿Quitarme la vida?... ¡ No me importa ! La vida vale muy poco para mí. ¡ En este momento, si de los dos hay uno que tiemble, éste eres tú ! Yo estoy sereno e impasible. Y tiemblas, no por el crimen que proyectas cometer, sino por el peligro que te amenaza, por el temor de ver le-

vantarse ante tus ojos la silueta del patíbulo, al que te has hecho acreedor y al que no tardarás en rendir estrecha cuenta de tus crímenes. ¡ Si entre los dos hay un cobarde, éste eres tú ! Mátame ahora, si quieres ; no por esto dejarás de substraerte al castigo que te aguarda.

PABLO (Fuera de sí.) Puesto que tú lo quieres, ¡ sea !

ODETTE (Interponiéndose entre los dos.) ¡ Oh, no ; por piedad !

PABLO (Cogiéndola por un brazo y apartándola bruscamente.) ¡ Aparta !... ¡ Si te mezclas tú en el asunto, vas a llevar también tu parte !

MELIN. (Ebrio de rabia.) ¡ Ella, no !... ¡ El odio es contra mí y no contra ella ! ¿A qué aguardas? ¿No te he dicho que no te temía? Tú eres fuerte y robusto, y yo débil y enfermizo... ¿Por qué vacilas? ¿No comprendes que la ventaja está de tu parte? ¡ Mátame ya, que yo me juzgo dichoso si al morir logro salvarla a ella !

PABLO (Apoderándose del hacha que el Melindres habrá dejado abandonada en un rincón.) Y bien : ¡ no volverás a repetírmelo ! (Abalanzándose, con el hacha levantada, sobre el Melindres. Este retrocederá a medida que el otro avanza, tratando de esquivar el golpe.)

MELIN. ¡ Ah, traidor !...

ODETTE (Desesperada.) ¡ Socorro !... ¡ Socorro !...

PABLO ¡ Ha llegado tu última hora ! (En el preciso instante en que Pablo levantará el hacha para descargarla sobre el Melindres, quien, refugiado en un ángulo de la habitación, no hallará salida para escaparse, la puerta lateral izquierda se abrirá con estrépito, y el comisario de policía, seguido de dos agentes, penetrará en la habitación, arrojándose sobre Pablo e impidiéndole llevar a cabo su propósito.)

ESCENA V

Dichos. COMISARIO y dos agentes.

COMISA. ¡Has caído en nuestro poder, miserable!

PABLO ¡¡Maldición!!... (En este momento se oye la voz del capitán.)

ESCENA VI

Dichos y CAPITÁN.

CAPITÁN (Dentro.) ¡Odette!... ¡Odette!...

ODETTE (Tendiendo los brazos hacia su padre, que aparecerá en el dintel de la puerta.) ¡Papá!... ¡Papá!...

CAPITÁN ¡Hija mía!... ¡Al fin puedo estrecharte entre mis brazos! (Abrazándola.)

COMISA. (A los agentes, que habrán maniatado a Pablo.) ¡Llevadle! (Al pasar Pablo por delante del capitán éste hará un gesto como si fuese a arrojarse encima de él. El comisario le retendrá por un brazo.)

CAPITÁN ¡Miserable!... ¡No hay tormentos bastantes con qué hacerte expiar el atroz martirio que has hecho sufrir a este ángel! Siento que la sangre invade mi cerebro y un velo cubre mi vista... ¡Suélteme usted, señor comisario; déjeme usted que le imponga yo, por mi mano, el castigo que se merece!

COMISA. Deje usted este trabajo a la justicia, señor d'Avigny. Ella se encargará de cumplir su cometido. (A los agentes.) En marcha.

PABLO (Con desesperación.) ¡Estoy perdido!... (Los agentes se llevarán a Pablo, seguidos del comisario.)

CAPITÁN (Estrechando a su hija contra su corazón.) ¡Hija mía!... ¡Cuánto has debido sufrir!... Pero yo te prometo que de hoy en adelante no habrá poder sobre la tierra que lo-

gre arrancarte de mis brazos. (Fijándose en Melindres, que permanecerá de pie ante el dintel de la puerta, contemplando, con inefable alegría, el grupo formado por el capitán y su hija.) Acércate... Tú eres a quien debo la dicha que ahora experimento. Tu noble abnegación y tu valor a toda prueba me han hecho recobrar a mi hija. ¡ Jamás podré pagarte lo que has hecho por mí !

ODETTE (Extendiendo los brazos hacia Melindres, en los que aquél se precipitará.) ¡ Andrés !...

CAPITÁN (Abarcando a los dos en un abrazo.) Estoy seguro de que aquella santa que ahora nos contempla desde el cielo os bendice a los dos como yo lo hago. (Atrayéndolos sobre su pecho.) Así, sobre mi corazón. ¡ De hoy en adelante, en vez de uno, tendré dos hijos !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas